

VIZCONDESA NAKAMURA

SURRECCIÓN

Inspiradora historia de un apocalipsis

PALABRART

© 2024, Ismael Linares
Montevideo, Uruguay

Prólogo de Açaí

Y nacieron muy felices para siempre.

Lo sabemos por efímeros y Dios, también efímero, lo sabe por eterno: las acciones, al final, no repercuten en el todo. Ni los buenos están libres de los males ni los malos de la cruel indiferencia de las nubes. ¿O le vamos a negar al abedul su pertinaz intrascendencia? Ni tampoco se la vamos a negar a Carlomagno, de quien nada nos podría relatar el abedul intrascendente. Pero, bien, aún así, nos atrevemos. Los varones y las chicas. A pesar de los estúpidos, nosotros. A pesar de los políticos, nosotros. Hemos sido, casi mismos y sin otra pérdida, las dos monedas de la cara. ¿Sin opción? Os lo diré con suavidad: o sois imbéciles o todos nuestros mártires están equivocados. ¿O también nuestros filósofos? Así, no veo mal que la respuesta la busquemos en nosotros ya que nadie nos la da. Los besos jóvenes bien valen por palabras antiquísimas. Homero vive más por lo que fue, que por sus versos. Yo tampoco. Nefertara me pregunta cómo luce. No lo sé. La perfección a veces es desatractiva. “Para

todos, Açái, la tradición es un mandato. Pero no para los dioses - faraones o poetas.” La virtud es callejón, no laberinto. Lo sabíamos también, y de perdernos en el otro nos sumimos en el uno. Faraón entre los tantos, escritor entre los pocos, nos manchábamos el cuello con labial para que todas nos creyeran, como beso de zaguán, irresistibles. Porque cada gran mujer hubiera sido, con un pene varonil, igual de grande. Sin embargo, no podríamos decir, a beneplácito, lo mismo de los hombres. Siendo chicas, con cesárea, menstruación y sin testículos, ¿hubieran sido magnos? No lo sé. Quizás algunos, nunca todos. Cuando piquen a tus pies las minifaldas y, caída de mentón, hasta la Venus cobre manos por tocarte, ten presente que los ángeles te vienen a mojar una papila gustativa - pero tú tendrás que ver cómo convives con las otras. ¿Estás listo para ver a tu lector prender el fuego del asado con tus libros? Todo tiene que pasar. Así la vida. Todo debe suceder: el desamor y la vejez, la desnudez y la pasión. Los dientes flojos y las vértebras pegadas. El amor y los amores. Todo debe florecer, así la muerte. Nada tienes que temer, aunque yo mismo tenga miedo. No se muere sin vivir y no se vive sin morir. Enamorándote de mí podrás después, con alguien más encantador y con los labios encantados, encender la chimenea del invierno con mis flores.

1	8
2	10
3	11
4	17
5	21
6	31
7	35
8	37
9 Constantino.....	41
10 Constantino.....	45
11 Constantino.....	53
12 Constantino.....	54
13 Constantino.....	56
14	62
15 Nakamura	63
16	64
17	77

18	81
19	82
20	90
21	94
21.1	95
21.2	97
21.3	102
21.4	105
21.5	109
21.6	115
22	119
23	125
24	127
25	154

1

La huella digital del anular me gusta más que las del resto de sus dedos. Es armónica. Sus líneas corren todas paralelas, sin chocar. Parecen órbitas. Las otras, del meñique por ejemplo, se complican entre sí: sus quebradizas acrobacias se tropiezan. Las del índice, de tanto doble click están limadas y las pobres del pulgar son siempre feas. Estas no: son un mandala. ¡Son las únicas que voy a recordar! Las otras pueden olvidarse. Qué bellísima virtud de las neuronas: el olvido.

Voy llevada de las yemas, por las suyas. He notado que muchísimas personas no conocen este punto de contacto tan sutil y tan intenso que, por cierto, no son dones excluyentes: lo primero, como saben los artistas, amplifica lo segundo. De corcel, su pulso cada vez más rápido no deja de tirar de mis latidos, contagiados de manera tan cabal que ya le pisan los talones. O, quizás, son mis latidos los que tiran de su pulso. Siento pingüe la nariz y las arterias torrentosas. Lo que piso, como quien le pellizcara la maldad al ruiseñor, son los talones de sus pies. Los hechos fluyen como río. Las moléculas se pican como mar. Las feromonas, explosivas,

repercuten por doquier. En las entrañas. En las piernas. En las almas. ¿Siento bien? Ahora, casi mordisqueándolos, es él el que mi pisa los talones. ¡Vaya forma del retruécano! Soy yo la que lo llevo de los dedos. Una brisa me recorre las facciones. ¿Voy tan rápido? De golpe se desprende de mis dedos, me sostiene de los hombros y, sutil, como los viejos caballeros y los nuevos anticristos, rectifica mi difícil dirección un milimétrico centímetro. Después, percibo toda la distinta sensación del dormitorio. Nueva paz, temperatura, vibraciones y perfume. La moquette, si no la dejas ensuciar, es aromática. Sus manos otra vez, ahora gratas por demás, en mis mejillas. En mis labios, el idílico sabor de su saliva. Como tengas algo más de veinticinco, ya no beses: su sabor es nauseabundo. Ya dejó de ser saliva para ser, amén de menta, caramelos y dentífricos, un coágulo de baba. Sus falanges en mi nuca. Sus robustos lengüetazos en mi dulce campanilla. Mis latidos aferrados a su piel. Porosos noes. Mudos síes. Agitada lentitud. Acompasada libertad. Entre mis piernas, el agreste circunloquio de sus dedos. Los varones son así: como le temen al fracaso queman todos los cartuchos y, después, cuando de veras los precisan, su tambor está vacío. Las mujeres que no saben seducir intentan siempre con putonas exigencias ("dame todo dame todo por favor") o relatándose ("me suda la conciencia grandulón estoy caliente me derrites de calor hijo de mil"). Las que sabemos, reducimos la presión, sencillamente:

-¿No te sabes divertir? En unas horas dejaré que me la metas, o que no. Por el momento, sin tu pene de león me siento bárbara.

Quién sabe lo que dije. Como soy no sólo ciega sino sorda de raíz y nacimiento, no pronuncio las palabras como todos. Soy artística, digamos. Los demás no las pronuncian como yo. Son uniformes, como ropa policial. Mi chico, libre de presión, está saliéndose, gozoso, con la mía.

2

-Qué bonito recorrido. Me gustaron sobre todo las texturas, variopintas.

Si no vamos apurados, Constantino, de común, maneja siempre por caminos diferentes aunque deba demorar un poco más, así varía lo que siento. Las esquinas, con disímiles inercias; los repechos y bajadas, con sus vértigos; la trama de las calles; el bitumen, sobre ruedas; los antiguos adoquines, tartamudos. Por las últimas piruetas de las cuadras, me doy cuenta de que pronto llegaremos.

Me vestí con algo más, pero también con una fina rebanada de perfume, por supuesto. Cuando baje del vehículo sabré perfectamente caminar hasta la puerta de mi

casa, con ayuda del bastón. Aunque despiertos de seguro, ni mi padre ni mi madre me saldrán a recibir si yo no voy a saludarlos a su cuarto, porque tengo desventajas que se deben respetar. Si con un beso les corrieron el labial, a mis amigas les resulta sencillísimo volver a componerse. Si tomaron algo más de lo debido, son capaces de saber, con milagrosa, singular antelación, si rondan moros en la costa. Tienen dos superpoderes imposibles para mí de concebir. ¿Reconocer con precisión los elementos del entorno, sin tocarlos? Es difícil de creer; parece magia. ¿No con uno sino, bien, con dos sentidos separados? Imagínate, lector, que te vinieran a decir que los marcianos, entre cejas y nariz, tienen sentidos en extremos diferentes a los tuyos: ¿tú podrías, aunque más no sea sólo de manera muy frugal, imaginártelos? Entré. Pasé de largo por el living y seguí, como con alas, a mi cuarto.

3

Desperté reconfortada. La persiana, con punteado mediodía, permitía que sus módicos pasitos de calor me caminaran por la piel. Al levantarme, la subí: sentí las ráfagas de sol como si fueran llamaradas. La cocción, que purifica, nunca debe renegar del otro método, que limpia.

Con esponja natural y minerales paleolíticos, acabo de bañarme. Los pasillos de la casa huelen frescos. De seguro fue mamá, que ventiló. La primavera del perfume corre libre por aquí, más pegadizo que los otros, de free shop, azucarados y carísimos. Hay unos tan intensos que complican la diabetes. Las mujeres deberíamos optar por lo floral, con unas notas mentoladas. Lo dulzón nos envejece. Descendí las escaleras de memoria.

-¡Buenos días!

Exclamé. Seguí de largo por mis pasos hasta dar con la nevera. Revolví con entusiasmo, di con algo tentador y, ya con dientes ocupados, al salir de la cocina, recorrí las seis piruetas de rayuela que tenía calculadas al sillón y me tiré. Desde pequeña, las esquinas me troncharon los meñiques y los muebles no se corren sin que yo lo supervise. Ya que Dios, en su derroche, nos ha dado traumatólogos, en casa soy acróbata. Jamás hubiera dado con el dulce, vigoroso Constantino sin haberme fracturado: pocos médicos de guardia se te ponen a tocar sin una rótula salida, por lo menos. No dejó de colocármela, por meses.

Es extraño que no vengan a tocarme buenos días. Comúnmente me saludan al instante de bajar.

-¿Están aquí?

Si no responden, es que no. Cuando los llamo, dejan todo menester por la mitad y, con el mismo conventillo de

los ángeles, acuden a la par, estrepitosos, con sus manos a mis hombros. Es así: soy malcriada. Yo nací con coronita. Por las dudas, desde niña me lo vienen a decir, en lengua morse, cada día.

Me paré, porque tampoco deben ser, los malcriados, inservibles. Tengo piernas, tengo manos y, si llegas a pasarte de patán, también nudillos. El diagnóstico no roza la menor ambigüedad: soy sordociega nada más. No paralítica. Salté del almohadón y, con un rápido zarpazo maquinal, me lo llevé de paragolpes. ¿Por qué no? Les voy a dar una sorpresa: cuando vuelvan, habrá nueces con espárragos y miel, que les encanta.

La cadencia del bastón no deja ritmo por tocar. La batería, mucho más que de los tímpanos, se vale de la sangre. Vibra claro. De la forma que las tildes del olfato colaboran con el gusto, las del tacto complementan el oído. Según dicen comúnmente no se capta, pero yo, sin el influjo del segundo, siento clara la vibrante sutileza del primero.

Noto pocos automóviles. Ninguno, mejor dicho. Los domingos se prefiere caminar, está perfecto. Quizás haya transeúntes por doquier, que no percibo. Lo pequeño se me pasa, por supuesto.

Los espárragos parecen estar frescos, según huelo. Miel tenemos, a pesar de las soperas, insistentes cucharadas y las nueces deberían encontrarse por aquí. Bolsita chica, que son caras. Caja no... palpemos esta... Bien. Sin cáscara. La

llevo. Sin eslóganes que ver, se compra rápido. Pasemos por la caja.

Qué fortuna que no tenga, contra todos los pronósticos, personas en mi fila. Soy yo sólo:

-Buenos días...

comenté, mientras coloco los artículos. Es bueno para mí que nunca cambien los productos de lugar. Aquí las góndolas no sufren la menor innovación. Mejor así. De lo contrario, me tendría que poner otro reloj para venir, con menos pila. Ya lector, ¿de qué sonríes? De seguro, tú también te compras libros para ser inteligente, como quien acumulara las guitarras por allí para sentirse guitarrista. Colocarse dos relojes para, presa del apuro, tener tiempo, no resulta tan distinto. ¿Del apuro? No lo tengo para nada, pero, bien, tampoco quiero pernoctar entre las piernas de jamón. Está tardándose.

-¿Me cobra, por favor?

Cuando pequeña, me solía colocar, para pagar, en los lugares más insólitos. Aún me resultaba muy difícil orientarme. Cierta día terminé, campantemente, de paseo por el área del depósito. Del modo más gentil, los empleados del lugar me condujeron otra vez por buen camino. Sin embargo, los partidos son a mil: con más kilómetros andados, ya no suelo confundirme.

-Por favor, ¿me cobraría?

Maldición. ¿Que nadie ve que yo no veo? Probaré con más volumen:

-Por favor, soy sordociega. Si me pueden ayudar, les agradezco.

Qué desastre. Continúan sin venir. Me largaré tranquilamente sin pagar, ya vas a ver que se despiertan.

-Bien, me tengo que marchar. Hasta la vista.

Que me tengan que seguir y que me cobren en la calle. Sólo falta que les tenga que rogar, habrase visto.

Qué bonito caminar bajo la sombra de los árboles. Se siente su frescor, someramente mentolado. Ya los doberman, repletos de colmillos, estarán por alcanzarme. No nos vamos a mentir: les pagaré, porque tampoco soy ladrona, pero bien que se merecen el desplante que les hice. Dios, qué sol aparatoso... ¿Ya salí del pasadizo de los árboles? Serénate, bastón. Probablemente vamos rápido, por eso no me logran alcanzar. Iré más lento.

Pertinaz, el horizonte circunvala por doquier. No, no lo veo, pero tengo referencias y, según las descripciones, es no menos claustrofóbico que túneles o miedos. Tengo suerte de no ser, como los peces del océano, capaz de percibirlo. Para mí, la sólo piel es claustrofóbica. Quisiera descarriarme, pero siento sobre mí la telaraña de las células. Qué raro que no lleguen todavía, pero, bien, tampoco voy a detenerme por completo. Vaya cría sindical: no lograrían

alcanzarme ni que yo los persiguiera. Por aquí tal vez estén, en el zaguán, los Pastorini. Por las dudas yo saludo. Nada más en unos pasos llegaré, como los prófugos, a casa.

Todavía no volvieron. Al entrar, si no me vienen a rendir una mimosa bienvenida, yo ya sé que, como diosa sin humanos, estoy sólo con la casa.

Puse manos a la obra. Los espárragos, las nueces, el amor y los cubiertos, en la mesa. Nada más oler entrar una nariz, almorzaríamos. El hambre me comía las entrañas. Sin embargo, todavía no volvieron. Son las once de la noche. Los llamé, sin que ninguno de los dos me devolviera la llamada. Con la sólo vibración del celular, ya sé que saben que llamé. Jamás los llamo si no tengo perentorio menester de que regresen al instante. Con el paso del reloj, me preocupé. Desde pequeña, los vecinos han estado más o menos disponibles. Imagino que no siempre sin desgana, pero siempre procuraron ayudar. Si me veían extraviada, por ejemplo, me llevaban otra vez a mi zaguán. Hoy intenté localizarlos pero no los encontré. Quizás tenían novedades de mis padres, "sí, salieron tambaleándose borrachos", por lo menos. No dejé ninguna puerta de la cuadra por tocar -ni de las cuadras adyacentes- pero todas parecían insonoras. Decidí volver al sitio donde nunca falta gente (ya, de paso, pagaría). Sin embargo, para gran consternación, allí tampoco tuve suerte. Las personas parecían abducidas: los clientes, de sus carros; las cajeras, de sus cajas. Por supuesto que grité, sin resultado. Regresé bajo la débil, incipiente

sensación de las estrellas, a mi casa. Muy tranquilo, con las llaves a las órdenes, el auto continuaba, sin el mínimo retazo de calor, en la cochera. De momento, no consigo ni comer ni razonar. Apenas lloro, preocupada por mis padres y pasmada por el resto. ¿Dónde diablos están todos?

4

Han pasado dos semanas y no tengo novedades de la gente, todavía. Como bien. El almacén está repleto. Por lo visto, nadie más está llevándose comida. Sólo yo. Digiero mal. A duras penas mis estómagos trabajan. Tengo dos: el que procesa los nutrientes y, bastante más difícil de mover, el que procesa los sucesos. He rezado por primera vez en años. Hay vehículos en medio de la calle, sin señal del conductor. No sé qué pudo suceder, pero seguro sucedió mientras dormía, la mañana de la noche que salí con Constantino. ¿Constantino? Vive lejos. Lo traté de contactar, pero -lo mismo que mis padres y mis tíos y mis primas- no devuelve la llamada. De seguro que ya todos los teléfonos están sin batería. Por las dudas, yo lo tengo sobre mí con toda carga, por si vibra, más allá de que las tercas esperanzas con que suelo despertarme van soltándose la mano con el paso de las horas. Cacofónicas, las noches son

amargas. Tiemblo sólo. Salgo poco: si mis padres están vivos es aquí donde vendrán. Por otro lado, frutos secos o caviar, tengo manjares enlatados para meses y las calles sin cadáveres asustan mucho más que los poblados cementerios. ¡¿Dónde rayos están todos?! He rogado que, surcando las paredes, aparezca por lo menos un fantasma. Ya no tranco. Lo mejor que me podría suceder es que, si rondan saqueadores por allí, no se quedaran sin entrar. Pero me temo que la flébil ilusión de que me vengan a robar, por estos días, es utópica. También papel higiénico me traje. Por alguna comezón evolutiva, si se trata de desastres naturales, escaseces o pandemias, acopiamos los paquetes de papel como Mitridates el oro. Por favor... Como si fuéramos Linares... Además, es más higiénico, según los uruguayos, el bidé. Ni los franceses los conservan en sus baños todavía. Santo Dios... ¿mejor decir "los conservaban"? No lo sé. Quizás, este fenómeno no fue sólo local, sino mundial. ¿Universal? Es extremadamente raro no tener una minúscula señal ni del estado ni de nadie. Ni de Dios. Pinté mensajes en la calle por si pasan helicópteros. No pasan ni las horas, en verdad. Estoy podrida: cenaré de la botella. Tengo vino carménère a discreción, y del costoso.

La segunda cuesta más que la primera. Vamos, ¡vamos sacacorchos! No serás de los que dejan a sus cómplices tirados... Bien, nos vamos entendiendo.

Carménère... Es una cepa doblemente deliciosa porque, bien, por mucho tiempo la creyeron, los enólogos, extinta.

No valoras lo que tienes (los filósofos lo saben de su propia contricción) hasta que dejas de tenerlo. ¿Todavía no lo sabes del amor? Perder las cosas es la forma de quererlas otra vez, con cada célula. La gente, por ejemplo. No los padres solamente. Qué terrible que la forma de seguir no sea -ya sobradamente catastrófica- perderlas nada más, sino perderlas por completo. Carménère... Los bellos nombres corresponden, de común, a bellas cosas. No te llames ni Josefa ni Yolanda. Retorcido sacacorchos... ¿qué me sacas de la mente? Ven, salgamos al jardín, que las paredes son también un cinturón. Qué linda noche. Calma cierta. Suave brisa. Fresca luna, que percibo por allí: su magia tira de mi sangre con el mismo bla bla bla gravitatorio con que sube la marea. Sí, señores astrofísicos: entiendo lo que dicen. Sin embargo, no comprendo. Las verdades naturales suelen ser inverosímiles. La vida. La jugosa cucaracha. La genética. Tucídides. El polen y la flor. La fotosíntesis. Las órbitas. El cosmos. El big bang. Parece magia, ¿no concuerdas? De contrario, la ficción no debe ser inverosímil. Si lo fuera, no podríamos creérnosla. Que todos nada más desaparezcan, por ejemplo, no sería verosímil. Pero, bien, los hechos son. No necesitan argumentos narrativos convincentes. Imagina que dijéramos: "la nutria se salvó del dinosaurio cuando cierto meteorito lo voló del mesozoico", los oyentes, defraudados, dejarían de prestarnos atención. Las

cucarachas, que saldrían sin rasguños de catástrofes atómicas, ¿habrán sobrevivido? Por lo pronto, los mosquitos y los árboles aún están aquí. Los pastos crecen y las flores del jazmín apenas son aventajadas por el fresco, costosísimo perfume que tomé de la farmacia. Caminemos carménère, que tu sabor, en libertad, adquiere notas psicodélicas. ¿Por qué los catadores no describen las distintas embriagueces que produce cada vino? Yo podría. Tengo tanta precisión como la flecha de Cupido. Sagitario comúnmente se conforma con el bronce. Si se brinda, siempre doy con el chin chin - porque mis ojos están ciegos, y no muertos. Estoy mágica. Borracha borrachita. Santo Dios, ¡qué verso feo! Sordociega, pero no sordocieguita. Si no quedan más humanos con quien pueda procrear, me clonaré, pero jamás han de decir los alienígenas que fui como los pandas, que no pude procrear por perezosa. No seré la que se lleve, carménère, nuestra genética del mundo. ¡No seré! Se dijo siempre que los biólogos del Centro Nacional de Sanidad hacían pruebas con embriones. Allá voy. No queda lejos, según sé, del cementerio. Moriré como las mártires si tengo que morir: con los ovarios a merced, sobre la mesa. ¿Sabes qué? Si fuera Thatcher o varón me bajaría los malditos pantalones a la par y que se vieran mis pelotas. Eso sí, los duros duermen como todos. Aquí mismo carménère, porque mañana nos tendremos que valer de nuestra máxima destreza. Descansar como se debe no tan sólo fertiliza las

neuronas. Además, porque no todo se resuelva con diatriba filosófica, recarga los depósitos de fuerza.

5

Santo cielo... ¡Me dormí! ¿Será posible? ¿Dónde diablos estaré? No reconozco las paredes ni los árboles ni nada. Los carteles de los nombres de las calles deberían haber sido subrayados -agregando, si querían, sus estúpidos eslóganes políticos- en braille. ¿Qué costaba? ¡Si la gente con dos ojos con salud ya no sabía ni leer el alfabeto! ¡Maldición y puta madre! ¡Nos habían prometido que los últimos serían los primeros! Estos vidrios deben ser lo que quedó de la botella. Carménère, qué mal amigo resultaste. Concentrémonos, por Dios... A ver el sol a dónde pega... No no no, si ni siquiera soy capaz de recordar la dirección en que partí. Qué situación inenarrable. Qué diabólico calor. Qué mala praxis y qué sed. ¿Y mi bastón? ¿Salí sin él? El vino da superpoderes y, después, como si fuera la carroza, se te tornan, en un tris, superflaquezas. No resulta nada fácil explotar esos fantásticos minutos sin pagar el sobreprecio que deparan los siguientes. Tengo ganas de llorar. Estoy perdida. Por primera vez inválida, tal vez, desde mi magra pubertad. Los niños nunca son inválidos, a menos que ya

tengan ambiciones o vergüenza. La niñez es un estado sin desórdenes. Hablando de vergüenza: tengo -tengo que decir- los pantalones orinados. Y lo digo solamente porque nadie lo sabrá: no quedan tímpanos, pupilas ni narices que meter ni -lo peor- privacidad en que meterlas, a no ser, está clarísimo, los míos, sordos unos, ciegas otras. Vaya muestras que quedaron de dos órganos tan vívidos. Al menos, mi nariz no decepciona. Huele bien, y no por eso se ve más desarrollada que cualquiera sino todo lo contrario: se destaca sobre todas las demás por delicada. ¿Quién soy yo para dudar de los elogios de mis padres? Ya las lágrimas me cuelgan del mentón. Con esta sed, llorar es poco conveniente. Bien, me tengo que calmar o moriré deshidratada. Desde siempre, la manera de calmar la desazón ha sido, más que meditar, desenvolverse - sobre todo, si tu código genético no tiene dos moléculas del Asia. Lo que Gandhi consiguió sin ensuciarse los nudillos, en verdad no se consigue sin un poco de maldad. En occidente, muchos menos.

Ya de pie, no lloro tanto. Procuremos encontrar un picaporte generoso...

Bajo llave.

Bajo llave.

Bajo llave. Caminando ya no lloro.

Bajo llave.

Bajo ll... ¡Bingo! Bien, entremos. Con cuidado de los pies y la cabeza sobre todo, que la gente pone trampas anticiegos por doquier. Tal vez nos teman o nos tengan por ladrones. No lo sé, pero, sin ojos, el desorden es letal. Por lo común, de todos modos el camino principal a la cocina permanece despejado. Seguiré la pista diáfana del orden hasta dar con la nevera. Las hambrientas procesiones van dejándolo, sin más obligaciones que barrer, como camino de tropilla, sin más pastos que peinar. El paraíso de mis pies. A los costados, el minúsculo desvío se tropieza con objetos de distinta complejión, lo que confirma, si no falla mi teoría, que no voy por mal camino. Tanto más, probablemente me prepare, si consigo los ingenios, una taza de café. No pido mucho: con un mero sobrecito quedaría muy feliz - pero, si tienen del arábigo, mejor. Aún no sé si, como Júpiter, estoy en condiciones de pedir lo que me salga de las ganas o si todo lo contrario. ¿Dios me quiso sonreír? Yo no podría ni las uñas en el fuego. Por lo pronto, maldición, el privilegio de vivir está causándome más lágrimas que risa, como tantos y tan lúcidos filósofos han dicho, pero, lejos de sufrir esta catástrofe, rodeados de personas. Como tantos y tan rústicos burócratas. Qué tonto preguntarse tonterías cuando sólo, según todos los indicios de la física, los dados y los árboles, había que jugar a ser felices. Sí, qué tonto, proviniendo de las mentes más brillantes. ¿Cómo Locke y cómo Wittgenstein? ¡Con tanto por besar! ¿Y cómo Kant y cómo Hobbes y cómo tantas luminarias? ¿Es así como se deben

emplear los escasísimos momentos que nos son -y no sin débito- prestados al nacer? ¿Gastando plumas? Lo peor es que...

¡Mi pierna! ¡Putos ángeles! ¡Un perro! ¿No podría ser al menos uno sólo de la guarda? ¡Fuera! ¡Fuera!

Páf. Logré cerrar, a músculos y golpes, una puerta. La sentí vibrar por todas mis falanges. Maldición, estoy sangrando. Me mordió como si fuera la chuleta más jugosa del pecado - pero nunca con la sana perversión de Constantino, sino, mucho menos grata de sufrir, con la mandíbula del hambre. Tal vez haya, si recorro las paredes, otra puerta. Bien, palpemos el perímetro... Demonios. Un sinnúmero de libros. Una mísera ventana, nada más. Ninguna puerta, sin contar la custodiada por el perro. Me tendré que conformar con escapar por la ventana con muchísimo cuidado. Si tuviera, por lo menos, mi bastón para sondar... Por el momento no doy pie. Saltar sería temerario. Voy a ver si con un poco más de pierna logro... ¡Dios! ¡Está mordándome de nuevo! ¡Fuera! ¡Fuera!

Con la ruda sacudida me caí sobre las vértebras. Al menos, otra vez estoy adentro, pero, lejos de salvarme, no me puedo levantar. Estoy bastante lastimada por el perro, dolorida por el golpe, derrotada por la sed y prisionera del camino que permite circular desde los rápidos ambientes interiores al jardín. Estoy rodeada de colmillos. Dondequiera que despunte mi nariz, se chocará contra la suya, siempre

fría como témpano. La sangre no me deja de brotar de las babosas mordeduras, pero no lo suficiente como para desangrarme. Te maldigo, realidad, que ni siquiera me concedes la salida de morir tranquilamente: que me tenga que matar a cabezazos o comida por un perro. ¡Te maldigo con amén! Y cuando digo "realidad", en realidad estoy diciendo puto Dios con elegancia. ¡Dios satánico! Me debo detener, si no la vida, por lo menos el sangrado. Tengo páginas, apósitos de sobra. Según todos mis esfuerzos, peso más que de costumbre. Corazón, pulmones, glóbulos y manos a las hojas.

Arranqué, con abundante profusión, unos manojos, presioné sobre la zona del dolor y, tras un tris, los reemplacé. Con esponjosa metafísica, quedaron empapados al instante. ¿Con qué género, lector, habré limpiado mis heridas? Quizás Bécquer suavizó la mordedura con sus labios infinitos. ¡Quizás Bécquer! Imagínate, mujer, que no conoces un galán con más recurso que jactarse de sus músculos en Instagram, un beso de los suyos. O, tal vez, Akinimitab embrujó lo que quedaba de mi fe con toda clase de magnéticos, joviales jeroglíficos. ¡Tal vez Akinimitab! Imagínate, lector, que no conoces una cábala sin truco, que te toque su varita. ¿Singular? ¿Desamparada? Sabe Dios de qué volúmenes estoy en compañía - que quizás sea lo mismo que decir "de qué fantásticos espíritus" [perdón¹]. ¿Qué se diría Cicerón

¹ Disculpas tardas del autor.

en mi lugar? ¿Qué pensaría Derridá? ¿De qué manera movería los trileros cubiletes el ingenio megalómano de Borges? Qué disfraz adoptaría Montecristo? De Beauvoir, ¿con qué prejuicio rompería? No, no puedo responder, pero, de pronto, cobré fuerzas. O quizás motivación, de la que brota de manera natural. ¡Tal el influjo de los libros! Buenas juntas. Si te dejas inspirar, inspiración. ¡Tal el poder de los influjos! A la fuerza, ¿qué le sigue? Cuando surge del estímulo, le siguen las acciones. Llegaré -si rompo vértebras o fémures, a lomo de mis ínfulas- al Centro Nacional de Sanidad. Allí tendrán que responder a mis preguntas. Con el perro, tengo dos alternativas: o le doy un pasatiempos y me trato de largar mientras lo come (me tendría que cortar un tentempié -¿quizás un dedo?- con los dientes) o, si no, dejar que pase, resistir, cerrar la puerta, resistir hasta los huesos y saltar por la ventana. De las dos, con la segundo pierdo menos. Aquí voy... La puta madre. ¿No podían encubrir la soledad con un caniche? ¿Precisaban un rottweiler? Ni yo misma tuve nunca lazarillo por temor a que su falsa compañía me privara de tener que cultivar mis amistades.

Ya salté. Caí sin vértigo, lanzada por sus dientes mucho más que por mis piernas. El terreno pisa mal. Tan sólo falta que resbale con un súbito montículo de caca. Sucios dueños, incluidos, cómo no, los que solían recoger los excrementos envolviéndose la mano con ridículas bolsitas. Si de veras resultaba tan higiénico, ¿por qué no permitían que sus perros defecaran en el living de sus casas? "Las

veredas y los parques son, en fin, espacios públicos", decían. ¡Por favor! Precisamente porque son espacios públicos no puedes ensuciarlos a placer, como si fueran tus privados inodoros. ¿Que son fieles? No, los perros no son fieles. Son estúpidos. No pueden traicionarte por lo mismo que no pueden componer una canción o darse cuenta -como yo- de si sus dueños son imbéciles. No temas a la pluma sin amagues. El Profeta de Gibrán, en Orfalís, expresa claro que los dones del espíritu son siempre positivos; que sus sombras se producen, justamente, por efecto de su luz. Yo, sin embargo, no me dejo seducir por su dialéctica política. ¿Qué quiere? ¿Que lo vote? No tan sólo de la falsa: los filósofos incluso desconfían de la bien intencionada demagogia. Yo, sin dudas, soy imbécil en muchísimos aspectos y lo sé, precisamente, porque tengo formación intelectual. Así que sepan, tenedores de mascotas, valorar que no los trate meramente con palabras demagógicas.

¡Por Dios! ¡Está mordiéndome de nuevo! ¡¿Cómo diablos escapó?! No tengo puerta que cerrar, ¡estoy perdida! Maldición está comiéndome la cara. Me tiró. Ya no consigo proteger la yugular ni con la pera -¡qué manera de morir!- ni con los hombros. Me di vuelta. No me quedan puñetazos en los puños ni patadas en los pies. Tan sólo resta dilatar unos instantes el dolor acurrucada de narices al infierno. Ya me tiene de la nuca. Moriré. Que sea rápido. Recuerdo las incólumes palabras del Quijote: "la memoria se consume con el tiempo. Los dolores finalizan con la muerte". Lo segundo,

nada más, es una frase repetida. Lo primero, no nos vamos a mentir, dejaba dudas. Luego Borges, en un hábil homenaje, nos contó que, transcurridos unos siglos (unas páginas, en términos históricos) Homero ni siquiera recordaba ser Homero. Como siempre, los ejemplos esclarecen el concepto. "Los dolores finalizan con la muerte"... Qué trillado, proviniendo de Cervantes. Según creo recordar de su lectura, nunca mueren sin luchar los caballeros. O, si no los caballeros, por lo menos no las damas. Los hidalgos son hidalgos, masculinos, porque tienen hidalguía, femenina. Si tan sólo me pudiera desprender, para dejárselo de hueso, de cualquiera de mis pies, como lagarto de su cola. (Qué metáfora certera: "desprenderse del pasado/de los rollos/de las várices/del ex, como lagarto de su cola").

¿Lo sabías? Si presionas con el máximo concierto de tus fuerzas en el sótano del ojo, te lo sacas. Haz la prueba si te niegas a creérmelo, lector de poca fe. Los gobernantes orientales perduraban en sus tronos mucho más que por anuencia del profeta, por saber anatomía.

Me lo tuve que sacar, con insalubre sufrimiento. Cuando ya no queda más alternativa que perder, al menos pierdes a lo Cristo, de manera sanguinaria. Por lo menos, siendo ciega, tuerta no me quedaría.

Nada más se lo tiré salió corriendo tras el ojo. Yo tampoco me quedé papando moscas: escapé con la mayor velocidad que las brazadas me pudieron propinar, sin

protegerme de posibles paredones, ramas bajas o carteles. Mi cabeza peligró, pero la tengo todavía. Sin un ojo, como sabes, aunque bien atornillada. Ya bastante fatigada de correr, me di de lleno con un auto. Cuando menos, me sirvió como refugio. La guantera resultó conmovedora: los antiguos propietarios del vehículo tenían chocolate, botiquín, preservativos y revólver. Constantino, no diré que tú no fueras seductor, pero tampoco negaré que mataría por saber un poco más de semejante conductor. Es imposible figurármelo mal mozo. Todavía permanece su perfume, masculino. De buen gusto, por qué no reconocérselo, también el de la chica. Vaya noche que venían de pasar, seguramente. No mejor ni más bonita que la nuestra, Constantino.

Me curé con los apósitos. El ojo cada vez me sangra menos: me lo limpio con frecuencia. Las mordidas al principio parecieron infectarse, pero, luego de la fiebre, comenzaron a formar el cascarón. Las de los pies. Las de las piernas. La profunda, que por céntimas me deja sin pezón. Las de la cerviz. Las del rostro. Las del cuello. Debo ser agradecida de que ya no quede nadie para verme. Según sé, las cicatrices quedan feas. ¿Sabes qué? También es fea la quietud, aunque, quizás, obnubilado de sentidos, no lo sepas. Era lindo navegar. Sentir el brinco de las olas en la panza. Vomitar, ¡pero sentir! Sentir el sol y la garúa sabrosísima de sal. Había sido, cariñoso como pocos, ocurrencia de mi padre.

Necesito reorientarme. Sólo tengo dos escasas referencias: un aroma cadavérico de faro, que proviene, con constante pertinacia, desde cierta dirección (y no se trata de mis medias) y la brújula del sol que, dependiendo de qué lado me cocine, me da cuenta de los puntos cardinales. El olor, ¿a qué se debe? No lo sé. Me da pavor averiguarlo. Bastaría, nada más, con caminar en dirección de donde viene, pero temo que se trate de las miles ¿y millones? de personas esfumadas en un tris. ¿Y cómo diablos lo podría comprobar? ¿Acariciándolas? Me niego, con los cuerpos en total putrefacción y los gusanos como boas. ¿Y qué gano comprobándolo? ¿Perder las esperanzas? Además, en el supuesto de que todos estén muertos, alguien tuvo que matarlos. Imagino que la fosa permanece custodiada. De común, los genocidas se preocupan por guardar las apariencias - por lo menos al inicio de sus planes. Imagino que con sólo divisarme, me pondrían un balazo sin dobleces en el ojo que me falta. Las hipótesis no son alentadoras. De lo poco que podría depararme la pisada del olor, es todo malo. ¿Depresión? Redondamente. Ni siquiera me consigo masturbar. Para peor, estoy perdida todavía. Ya las calles me parecen crucigramas en birmano. Por momentos, me parece que, de todos los posibles escenarios, el mejor es el del tiro.

Por temor al apetito de los perros, he logrado conducir. Ya la jauría debe ser el arquetipo dominante de triángulo social. Perseverancia, cinturón y vidrios altos. Desde ya, me voy chocando con las cosas - en primera. No

los siento sin desánimo. Temor... Hacía tiempo, según creo recordar, que no decía semejante palabrota. Te confina las neuronas. Es un término más triste que "tristeza". Supongamos que me salve de los perros de manera sistemática, conserve la salud y tenga siempre qué comer. En ese caso, lograría no vivir, sino durar, como las piedras - pero sólo. Porque, lejos de yacer en soledad, hasta las piedras, de común, están en medio de las piedras. Dios parece deslindado. Los hosannas, indecibles y, funestos por demás, los escenarios. El mejor es el del tiro... ¿por qué no?

6

Lanzados todos los tentáculos, con algo voy a dar. O con respuestas, o, no menso anhelada, con mi muerte. Sólo puedo resultar favorecida. Si no gano por un lado, nada pierdo por el otro. No perder, en este mundo terminal, sin ganadores, quizás tenga que contar como victoria. Como sea, voy, volante de por medio, tras la pista del olor. El viento sopla con perfecta claridad, como diciéndome "descubre lo que tengo para ti". Voy mucho más por aburrida que por dócil. No por presa de buen ánimo: por harta. No son menos decididos los embates del valor que los del tedio. No te vayas a meter con un don nadie fastidiado.

Mucho menos con revólver, como tengo. Lo probé: su patadón sin timideces, insonoro para mí, no resultó desagradable. Mucho menos el olor a la parrilla, de la pólvora. Capela de tambor. Tajante cátedra de ritmo. Más tambor que los del África. La bala, sin tambor, es un estrépito sin clase. Señorial, afrodisíaco revólver. Su tambor es un mandala.

¿Qué? ¿No puedo divertirme con un arma? Dios no creo que me juzgue, la verdad, y la justicia mucho menos, a la vista de las cosas que permiten. Estoy cerca. La macabra fetidez, en una ráfaga certera de los vientos, me podría desmayar de sobredosis. Es aquí. Bajé del auto pocas décimas atrás. Conmigo llevo los ovarios, el revólver y la firme decisión de, como sea necesario, darles uso. No por ciega tiemblan más las decisiones de mi pulso, sino todo lo contrario: justamente por estar en desventaja de sentidos he tenido que forjarme, mal que bien, otras ventajas. Por ejemplo, si tuviéramos enfrente dos bocados, te tendrías que quedar con el que yo, sin más exordio, descartara por azar. Así de fácil. De manera que, sin ojos, he tenido la visión de procurarme la mitad probabilística de todo. Según sé de mis amigas, he logrado, nada más con este método, quedarme con lo más apetecible con mayor asiduidad que todas ellas. Los milagros son, en fin, irreflexivos. Chicos, besos y problemas. Si son tímidos con alguien con quien pueden conversar sin contratiempos, imagínate con una sordociega. Si no fuera por mi franca, no común iniciativa, no tendría

dos historias que contar. Por e contrario, tengo múltiples leyendas.

He llegado. Comprobemos el olor, a qué se debe. Quizás haya centinelas observándome. Mejor, estoy pensando. Si los hay, entonces quedan homo sapiens. Sin embargo, más allá de que restemos unos pocos, a la mínima, volátil intuición, dispararía. Qué desastre de soldado, por favor, el que cayera por un tiro no vidente. Sin embargo, Dios parece conducirse con excéntrico sentido del humor. ¿A qué se deben los filósofos, si no? Maldita sea... ¿Son barrotos lo que toco? ¿Lo tuvieron encerrados? Qué manera de morir, en cautiverio. Sólo pido, santo Dios, que no murieran sin llevarse por lo menos un captor. ¿Qué cosas digo? Vaya pocas ambiciones... ¡Unos cuantos! O, ¿por qué no ser, mejor, un poco menos comedida? Vamos, todos los posibles, maldición. Franceska Mann, que Dios te tenga, vencedora de los nazis, en el colmo de su gloria. ¿Digo bien? ¿O deberíamos pedirte que lo tengas en la tuya? Sí lector. Franceska Mann. Te la presente: mientras todas nada más obedecían, ella no se desnudó sin un fantástico striptease. Cuando los guardias alemanes, con pajera vanagloria, se pusieron a su lado, los mató -me gustaría presumir que de mi parte- con sus armas. Las tenían a las puertas de la cámara de gas, aunque ninguna lo sabía.

Bien, lector. Introducida. Faltas tú: ¿de qué manera te presento?

Son barrotes lo que toco. Sin embargo, los cadáveres, aquí no son humanos. Por la flácida presencia del calor, el sol está desvaneciéndose. La noche será pronto realidad. Seguramente, las estrellas estarán apareciendo por allí. Tal vez el cosmos tenga todas las respuestas para todos mis enfados, que preguntas ya no son. Son otra cosa. Las preguntas pueden ser preguntas fáciles, difíciles o -bien, las que peor nos atormentan- cansadoras. Lo siguiente del cansancio, de común, es el enojo. ¿Lo siguiente del enojo? La tristeza, sobre todo si te quedas enojada, sin actuar. Ahora sé mi posición: con animales, pero muertos hace días, el zoológico. Sin nadie que les diera de comer, allí quedaron, en sus jaulas. Soledad; inanición; son dos palabras que comparten mucho más que dos vocales.

De repente tengo líquida la piel. Está lloviendo. La penumbra que sentí tal vez no fuera la caída de la noche sino sólo nubarrones y, si bien por estas horas he perdido la pisada del reloj, recuperé la del espacio. De pequeña me traían a sentir las vibraciones del león y la mirada reflexiva de las gárgolas. El Centro Nacional de Sanidad no queda lejos del zoológico.

Me voy sin las respuestas que buscaba, con las manos catalépticas, vacías. No los pies, que ya volvieron a pesar en los pedales, empachados.

7

Policía de los gérmenes, el Centro Nacional de Sanidad es un enorme, colosal laboratorio. Comparado con las cosas que pasaban -según todos los periódicos- aquí, lo de Wuhan es una mera travesura. Virus, clones y jamón de pangolín. No fabricaban hamburguesas porque todo tiene límites, si bien estoy segura de que mucho no faltó. Las ambiciones del artista no toleran el menor cuestionamiento. De común, las del científico no quedan a la saga. Yo lo sé, que, como chica, tengo mucho de los dos: si Constantino preguntaba por mis ex, embellecía la cuestión; inflaba todo con hipérboles; ponía cleopátricos detalles por doquier; que no pensara que cambié -como quizás la mayoría- dos caricias por un himen y que siempre los quisiera superar. Si pretendía confundirme con sus guardias, calculaba.

Debería ser aquí, según mi séptimo sentido. Si no quedan robinsones en sitio semejante, no sé dónde, la verdad. Supervivientes hay en todas las catástrofes: aun en los aviones estrellados quedan virus o parásitos con vida, digo yo. Después de todo, la visión antropocéntrica del mundo nada más ha limitado nuestra forma de pensar. ¿Por qué cerrarnos a nosotros si pululan a granel otras bellísimas especies por allí? Les he pasado mi caricia por las vértebras: al tacto, las serpientes son más lindas que nosotros y los árboles no huelen a podrido ni siquiera cuando mueren. El aliento del galán es nauseabundo comparado con el polen de

la planta más añeja. Dios, ¡qué rápido se pudre nuestro cuerpo! Nos pudrimos, sin morir: alcanza sólo con un día sin jabón. Mejor que vivan las gaviotas las gaviotas en las playas, en lugar de los humanos en sus móviles. Entremos. Esta debe ser la puerta principal. Está cerrada. Buen indicio. Los secretos estratégicos se guardan bajo llave. Si me vieron abrirán, pero no pienso descansar: llamaré. La puerta tiene que tener interruptores por aquí... Qué maravilla. Juraría que, de tanto procurar, he pronunciado más eureka que cualquiera. Debería ser astróloga. Probemos a lo prófugo, con todos los botones a la vez. Al menos uno debería ser oído, sino ya por precisión, por estadística. Veamos... Aguardemos... Esperemos... Por las dudas, maldición, de que respondan y que yo no los escuche, casi tántrica, repito sin parar mis credenciales en voz alta: "sordociega sordociega sordociega sordociega..." Puta madre. Le pegué, con bofetada maternal, a la putísima timbrera. No me van a segregar como si fueran patovicas de boliche decidiendo si mis tetas ameritan el ingreso. ¡Yo pagué con mis impuestos esta mierda! Sus moléculas son mías y son míos sus ambientes. Además, a mí jamás me denegaron el ingreso ni tratándose de clubes ni tratándose de fiestas. Entré siempre, con las propias o las prótesis. Alguna ventanita descuidaron de seguro. Donde sea que la tengan descuidada la sabré localizar y como vengan otra vez a molestarme dos colmillos, les disparo. Protectores de mascotas: los humanos también somos animales. El amor

por los segundos necesariamente debe comprender a los primeros. Además, yo nunca fui vegetariana. Ni los perros.

Las paredes del complejo no son feas. Están bien, perfectamente mantenidas y, los baños, con higiénico rigor, perfectamente ventilados. El perímetro del marco, no lo tengo que decir, es superior a mis medidas - ni noventa ni sesenta ni noventa, pero nada que no pueda desfilarse con orgullo. ¿No responden un inválido toc toc? ¿No quieren ser al menos algo diplomáticos? Eureka. Ya me tienen, a pesar de sus herméticos propósitos, adentro.

Bien. Un baño no me viene nada mal, seré sincera. Ni comida, que también han de tener. Encontraré, por más que tenga que chuparles el orgullo, lo que tratan de vedar - a menos, claro, que les corra por el pene.

8

Comí bien. En la cantina todavía se podía conseguir edulcorante, pero supe descartarlo sin probar -amén de muy publicitadas advertencias- una pizca. La cultura de lo light es un desorden psicológico. "No cedas a sus mieles" te diría, si no fuera que, de mieles, escasea. Rompen todos mis parámetros: los vicios, por lo menos, te compensan con placer - los fanatismos, de contrario, sólo cobran. Necesitas

ser un pésimo gestor de tu riqueza. Los matraces y probetas, según pude comprobar, estaban todos en su sitio. No me precio de ser química, más puedo distinguir, como las madres, el aroma despejado de las cosas ordenadas. Un olor a sanatorio, por su lado, deslucía los reactivos. Apuntados a Satán, los microscopios. Son lo mismo: como pasa con cualquiera de las otras ignorancias, a Satán se lo destruye descubriéndolo. ¿Si di con los científicos? Amén de que busqué sin compasión, no di con nadie, ni científico ni croto. Registré, meticulosa como nunca, cada puerta. No dejé postrimería ni pestillo por abrir. Busqué personas y milagros, que, según aprendizaje muy reciente, son sinónimos. Rendida, decidí volver a casa. De camino me detuve, sin premura por seguir, en el tranquilo cementerio de mi barrio. Muchos son los eucaliptos que perfuman la quietud y los pulmones. Si no fuera por los muertos, el lugar podría ser considerado, según todos los cacúmenes, un parque. Pero bien, es mucho más. Y quiera Dios, en su grandeza, que pululen los espíritus, las almas, ¡los espectros! Como quieras referírteles, en fin. Así las cosas: en ausencia de personas los fantasmas son, tal vez, lo más humano con que puedas encontrarte. Ya las flores, con marchita sequedad, se desmoronan a la mínima fricción como ceniza de cigarro. De contrario, con desorden juvenil, unos pimpollos naturales se combinan con las lápidas y tumbas. Las parecen abrigar, decorativos. Juraría que resulta muy bonito de mirar. Paradisiaco, tal vez. ¿Que digo cosas sin

sentido? Ya quisiera, de verdad, que lo pensaras: contra todos los sucesos, por demás apocalípticos, no rezo por morir: enloquecer me bastaría. Sin oído ni visión, ¡sin melodías ni paisajes!, yo jamás había, carne de bastón, estado triste. Ya privada de personas, fue distinto: lo que nunca consiguió la desventaja lo logró la soledad; indecorosa soledad que no se pone tolerable ni pasando mentirosas madrugadas a los besos con el vino. "La distancia de morir nos une más que la presencia". Qué perfecta vanidad: el epitafio. Presentarse con la pompa singular del escritor, que puede ser desconocido, bebedor o miserable - no pequeño. Recibir a las visitas no con perro ni zaguán: con una frase. De común no muy lograda, ciertamente, pero, bien, a las personas, cuando muertas, se las juzga con mayor benignidad que cuando vivas. Hay poetas que vivieron hace siglos y solemos aplaudir, que mucho mérito no tienen, en verdad. Están tan lejos que su sombra no parece competir con nuestra luz. Es más difícil ensalzar al escritor contemporáneo, quizás sólo por envidia. ¿Lo notaste? Nos solemos referir a los artistas en presente, sean vedas, de la corte de los Tang o medievales. "Hay poetas que vivieron hace siglos" enuncié, como si fueran inmortales. Al revés, "hubo políticos", se dice. "La distancia de morir..." Tal vez en todos los (versículos y) versos hay al menos una pizca no carente de valor. Quizás la muerte pueda ser considerada, sin perjuicio de las otras acepciones, una mística distancia que nos une. Sé sincero: ¿no te pasa, con los muertos, que los

sientes, en ausencia, más cercanos que presentes? Por lo menos, aunque no podamos dar con su mejor definición, hay una rara cercanía que parece provenir del interior, a diferencia de las otras cercanías, que provienen del entorno. Tanto más, quizás la muerte, como Dios, es una clase de presencia. Cierta tipo de personas, cuando mueren, se nos pegan al espíritu. ¿Cedilla? Quién demonios... Açaí. Sin epitafio por supuesto, con Verónica, fundido de los huesos. "Ni se viene con tristeza ni se llora sin amor". Probablemente. Lo segundo, según dulce testimonio de mis lágrimas, sin dudas es así. Por lo que toco de las lápidas, hay nombres que no tienen epitafio, pero no consigo dar con epitafio que no tenga, por allí, la rara máscara del nombre. Vaya símbolo: procura conferir identidad, delimitándola. Después, cada persona con su límite, se piensa diferente de las otras. No sé bien si cada lápida fundada tiene nombre, como todos nos sentimos inclinados a pensar, o cada nombre tiene lápida. Te ruego, por piedad, que por lo menos queden muertos, Santo Dios, en estas tumbas. No me prives, además, de tan austera compañía. ¿¡Que no tienes la menor humanidad!? ¡Hijo de puta, no de virgen! Aunque sea, por favor, que queden células grabadas en los huesos; cromosomas por allí, de ser humano.

De repente, con un roce sorpresivo de la piel, creí tocar una rodilla. Palpé pierna, como cosa terminal, y di con ella. Me paré buscando torso que pudiera, con amor y con las uñas, abrazar. Toqué los ojos, la nariz, y me colgué con

una fuerza que la piedra del Jesús crucificado de seguro quedó pálida, más blanca que las otras esculturas. Ni siquiera recayeron en las tumbas de los míos: vertí lágrimas a mares sin apenas distinción y me marché porque temí que tanta sal perjudicara, constriñéndolas de sed, el crecimiento de las flores.

He llegado, con un frío terminal en los omóplatos, a casa. Comparada con los pastos del jardín, parece chica. Cuando falta la del orden superior, es increíble cómo crecen otras vidas. Lo sabemos del mentado meteorito que bajó de su peñón a los reptiles, dinosaurios y dragones. Qué cansancio... Le daré mis aventuras al sillón y, maratónicos, los pies a la mesita.

¿Qué tiré con el talón? ¿Es una taza? ¡Santo Dios! Yo no tomé ninguna taza de ningún aparador y mucho menos, al marcharme, la dejé sobre la mesa.

9 Constantino

-¡Santo Dios! ¿Estás seguro, Constantino?

-¿De volar en el satélite, Fermín, o de salir con una chica sordociega? No respondas. A por todo, preguntón. Comenzaré por lo segundo. Por razones que cualquier hijo

de puta como yo comprenderá, preferiría, para gloria de mis tímpanos, que fuera sordomuda. Como tú no tienes nada de cabrón, amigo mío, te diré que lo de sorda me vendría fabulosamente bien cuando me llaman Beatriz, los acreedores o tú mismo, preguntándome detalles tecnológicos secretos.

-¿Acreedores?

-No dinero, pero debo, por supuesto. ¿Tú no debes? Seguiré por lo primero: volaré porque la forma más genuina de saber las implicancias fisiológicas y psíquicas del cosmos, es vivirlas. Además, ¿en qué momento lo podría repetir? En el futuro, los pasajes espaciales costarán -si conseguimos que resulten aprobados- petrodólares.

-Un hábil declarante, como todo casanova. Pero, bien, mis aptitudes cognitivas no son nada vulnerables al amor. Has evitado responderme lo segundo. Voy de nuevo, picarón: ¿estás seguro de salir con una chica sordociega?

-No camina del sillón a la pared sin provocar un apagón: está divina. Si la vieras desnudándose, Fermín, entenderías. Y también si la miraras de botones abrochados: es preciosa.

-Como muchas. Hoy en día la belleza ya dejó, con tantos trucos y cosméticos, de ser un bien escaso.

-Desde siglos antiquísimos las damas han sabido no dejarnos contentar con lo que son. Hay algo más, y no me

cuesta confesártelo, Fermín, en esta rara flor picante. Tiene todo lo que nunca lograrías simular con maquillaje. Me fascina su belleza no común, como del límite del cosmos², y mi piso de parqué se ve fantástico debajo de sus huellas.

-Ya lo creo. Si con sólo tres sentidos de los cinco no parece mucho menos indefensa que cualquiera de nosotros, es, sin dudas, un espíritu sin par.

-A diferencia de nosotros, tiene muchos más que cinco, me parece. Sin contar que, desprovista de los ojos, al momento de tocar es lo contrario de la Venus. En ausencia de los otros, tiene muy desarrollado su sentido del olfato: sin ningún lugar a dudas es capaz de percibir mis deliciosas feromonas como quien las cocinara, con bastante pimentón, en cacerola.

-"Lo que nunca lograrías simular con maquillaje".
¿Te refieres al amor.

No quedó claro si lo quiso preguntar o sentenciar. El matemático sin filtro. Las neuronas erizadas. ¿El cenit de la mentada libertad. Ni contesté ni corregí.

-Bien. Por lo menos esa terca fijación con concurrir al hospital a dado frutos.

² No belleza solamente, sino rara. No con otro parangón han de medirse los artistas.

-Hago guardias esporádicas a fin de no perder mis aptitudes como médico. Si sólo me quedara con la fácil experiencia que me da la medicina del espacio, tan gustosa de pantallas y de software, transcurridos unos meses no podría distinguir el sarampión de la gastritis. Como tú, que pones naves espaciales a volar pero no puedes destapar el inodoro sin llamar al sanitario. Maldición, los ingenieros del pasado te ponían los mellizos a dormir mientras pasaban de pantalla Super Mario.

Los galpones de la planta, por afuera, no decían demasiado. Pero, bien, al ingresar, te transmitían sensaciones encontradas. Por un lado, te sentías ingresar en el futuro: los teclados eran tan inteligentes que por poco prescindían de los dedos. Por el otro, parecía penetrar en el pasado: los tecnólogos mecánicos podían confundirse con herreros medievales. El olor de los metales al soldar. El forcejeo de los brazos corrigiéndole milímetros al fierro. Su chirriante griterío cuando sufre con la sierra.

-No lo tengo que decir: será preciso que descanses esta noche, Constantino. Volarás en el satélite, mañana, muy temprano. No te fíes de los mandos automáticos: aún bajo comando de programas infalibles, todo puede salir mal. Te necesito con la misma lucidez de Cicerón en el senado.

10 Constantino

¡Cómo corre! Maldición, está tratando de que no la subestime, de seguro. Si pudiera declararle mi respeto, no pondría de por medio la menor ambigüedad. Ahora bien, será difícil escribirle dos palabras en la piel si no sofrena las zancadas. Hay ovarios impertérritos que cuelgan de la vulva con la misma majestad de los testículos: ¿o tú si, fueras ciego, correrías sin bastón como conejo por las flores? Antisísmica, su mano, que me lleva de la mía, contradice la vorágine. Remanso. Sol en medio de relámpagos. Oasis. Si sus dedos me leyeran la fortuna, me diría, redundando sin escrúpulos, que soy afortunado. ¡Dios! ¡El marco de la puerta!

Me solté para tomarla suavemente de los hombros y ponerla, con perfecta suavidad, en el camino.

Nervios. Almas. Corazón. Tranquilo caos. "Si la vieras desvistiéndose", le dije, mentiroso como todos, a Fermín. Jamás habíamos bajado dos milímetros los cierres. El perfume del cabello. La tirante juventud. El más por fin de los porfines. Las agujas desatadas, del reloj. Los labios frescos. Las aduanas sucesivas de la ropa. La curiosa picardía de la luz. El atrevido titubeo de los dedos. Los sentidos aferrados. No tan ágiles los míos; acrobáticos los suyos. Tensa música sin ruido. Pulsaciones de tambor. Ahora sí, desde los hechos: si la vieras desnudándose, lector, entenderías.

-¿No te sabes divertir? En unas horas dejaré que me la metas, o que no. Por el momento, sin tu pene de león, me siento bárbara.

Quién sabe lo que dijo. Sin posible traductor, al menos eso comprendí. No menos áureas que rotundas, las divinas proporciones, infernales. Los ombligos anudados, de bebés. El movimiento, bipolar. La sangre toda, descosiendo las costuras de la piel. Presión a mares. Mar a lentos manotazos. El feliz alunizar de las mareas. El te amo que le dije, sin temor a que sus tímpanos pudieran escucharlo. "Yo también", me respondió mientras llevaba, con su mano, mi peor curiosidad a su mejor, escrupuloso sacramento. Catatónico, no supe si, tal vez adivinándome los labios con los suyos, respondía con amor a la palabra del amor o si quería que tan sólo replicara sin pudor, sobre su cuerpo, lo que mágicas, impúdicas, sus manos cometían en el mío. Sabe Dios si, tanto más, no comprendió mis vibraciones al decírselo. Parece más sensible que cualquiera de nosotros. Telepática, tal vez, en ocasiones. Debe ser un paliativo natural a los sentidos que le faltan. No pensaba trasnochar, pero los planes deben ser, mejor que rígidos, flexibles. Lo sabía Napoleón, y yo lo sé. No le podía mencionar una palabra -sin perjuicio de lo sexy que pudiera resultar- de la misión. En unas horas estaría despegando, pero no la llevaría de regreso sin pasar por diferentes superficies cuando sé que no le gusta demasiado repetir los recorridos. Además, era posible que creyera que, cumplida la función, ya no pensaba

consentirla como siempre. Nos besamos otra vez y se bajó del automóvil. Los varones lo sabemos: si dos labios que te gustan al inicio continúan, apagadas las luciérnagas, gustándote después, hay algo raro. La miré con atención hasta la puerta de su casa: mis pupilas tiernamente megalómanas sentían abarcar el universo. No tan sólo lo que vi cuando la tuve que tratar en emergencia, sino bien, también ahora, ciertos ínfimos detalles anatómicos, en órbita, moviéndose, parecen desafiar lo que, por años, aprendí de profesores y de libros.

"Ignición". El temblequeo del satélite, de golpe, me llevó de los recuerdos a la nave. Menos mal que se trataba de modorra nada más, no de resaca. La mirada de luces del tablero no mostraba nada raro. Los sistemas funcionaban y los números apenas oscilaban más allá de lo previsto. Procuré desentenderme; que la ronca realidad no me siguiera despertando. Como fuera necesario, ya los genios del equipo, liderados por Fermín, abortarían el despegue. No temamos a los médicos, que, gracias a la siesta, trasnochar y madrugar no son virtudes excluyentes. De repente, con los párpados al borde de los pómulos de nuevo, fui cimbrado de los huesos otra vez a la vigilia - pero, lejos del cuidado de mis ángeles los técnicos- ahora, la violenta sacudida fue muchísimo peor que la primera. Terremoto. La potencia de Catón y la vehemencia de Demóstenes. Sentí que las moléculas vibraban mucho más que la materia. Trepidaba la mandíbula de Richter. No por sueño: por

pavor, cerré los ojos. Parecía que las células, inhóspitas, saldrían disparadas de mi cuerpo. Confesé, nerviosamente, mis pecados al Señor - como si no los conociera... Caripálido, sentí, con infernales vaticinios, un calor insoportable por las piernas. Supliqué morir de golpe - no quemado lentamente. Las grotescas sacudidas me podían, en un tris, destartalar el esqueleto. Me pegué con las paredes de la cápsula. Ridículo recórcholis. ¿Habían reventado los arneses? Paz de golpe. Calma súbita, tajante. Lo sentí del corazón a las amígdalas: había fallecido.

-Constantino, fabulosos los parámetros, perfectos los vectores y normal la combustión. ¡Enhorabuena! Sólo resta que disfrutes del espacio.

Me sentí resucitar. Era la voz inconfundible de Fermín, sin la menor interferencia, por la radio. Los arneses parecían ajustados y mis vértebras en orden.

-¿Despegué?

Le pregunté directamente, con sutil exaltación.

-Amigo mío, tú bromeas por igual como doctor o cosmonauta. Qué distinto de las suegras...

-El despegue, ¿fue normal?

-Completamente. Tus valores biométricos, tan sólo, moviditos. Lo demás, inmejorable.

Descarté por un momento los temores y miré por la ventana. Lo que vi perfectamente se podía reputar de paraíso. Si de golpe Catalina recobrara la visión, con sólo ver una pared se quedaría por demás maravillada – ya si viera lo que yo, probablemente pensaría que murió, que ya no pende de su plano terrenal y que las cosas son así, cautivadoras en extremo. No te fíes de las fotos que circulan por ahí, porque no son lo suficientemente bellas, majestuosas ni fantásticas. ¿Océano? Sandeces. Al planeta deberíamos llamarlo ya no Tierra, sino Cielo. Las auroras, con boreal fluorescencia, no parecen sino música. Ballet en espectáculo. No verdes sino vivas. Tal el nombre que tendríamos que dar a su color. Yo no sentía más que grácil liviandad, como si fuera más espíritu que cuerpo. De común consideramos lo contrario, que los cuerpos llevan, amos y verídicos, un alma de mascota; que la tienen, accesoria, por allí, quién sabe dónde. Deberíamos, pensantes como somos, invertir la relación, notar que somos un espíritu con cuerpo por allí, quién sabe dónde. Pero, bien, la gravedad es engañosa. Nos aprieta las partículas, entonces las sentimos demasiado. Cuando cesa, comprendemos el carácter -son vacío las moléculas- etéreo de la carne. Lo palpable del espíritu, también.

La trayectoria del satélite, según los instrumentos, es perfecta. Sólo debo contemplar con atención a los detalles para, luego, recordarlos por un poco más de tiempo. No volver a cometer la tontería de dejar que se pasaran los momentos importantes sin grabarlos en la mente con mayor

intensidad. Recordaré las sensaciones y la luz, con sus insólitos colores que jamás hubiera dicho que podían encontrarse naturales. Los relámpagos a paso de tortuga. Los tifones congelados. Los efectos especiales atmosféricos. La vasta pequeñez y la pequeña vastedad de nuestro mundo. Su tranquila plenitud, que no parece sino viva. Catalina por allí, con los sentidos que le faltan y la vida que le sobra, todavía mucho más maravillosa que la luz, embelleciéndola de Tebas a los polos. De seguro que mis datos biométricos, ahora, son fantásticos. Es hora de comer. Necesitamos estudiar el componente digestivo: los turistas espaciales hablarán del estelar aperitivo que pensamos ofrecer. "Está debajo del asiento", me dijeron. Bien, veamos... Salvavidas si los hay: aquí lo tengo. La cajita se ve muy prometedora. "Picnic cósmico". La letra de Fermín, como su voz: inconfundible. Pan, jamón y queso dambo. Nada mal como refuerzo, la verdad, pero con esto no me lleno ni llenándome. Malditos. Como saben que no tengo vocación sindicalista, no pusieron mayonesa, ni siquiera. Nada más aterrizar, almorzaré. Sin importar los camarógrafos, haré que se detengan en la ruta los vehículos que vayan a buscarme. Tanto más, en un pequeño parador, a ver qué dicen los de marketing después, cuando circulen esas fotos.

De repente, me sentí sobrecogido, Santo Dios, por un aroma que podía derretir el paladar en un sucinto santiamén, evaporándolo. Croquetas de salmón con papas fritas. Todo dicho. Ni santito ni rufián, me dediqué, de

corazón, a su disfrute. Sin apuro. No tendría la menor necesidad de ver los datos procesados. ¿Biométricos? Dorados. Me sentía como pez en el océano.

-Muchachos, el champán ¿a dónde diablos lo pusieron?

Pregunté jocosamente por la radio. Las partículas de sol perfectamente se podían confundir con joyería salpicada por doquier. Es sorprendente lo delgada que se ve la - castigada sin parar por nuestras fábricas- atmósfera. Comprendes enseguida que podamos escalar hasta sus límites a pie. Parece casi de papel. Una pielcita, nada más. Sin retirar concentración de las croquetas, insistí:

-No bajaré ni papas fritas ni salmón (malditos médicos) con agua mineral.

Del otro lado de la radio no llegaban sino mudas andanadas de silencio. Puse mandos en los ojos, aparté por un momento la comida, revisé que las frecuencias coincidieran y, sabiendo la respuesta, pregunté, no sin un átomo de súplica:

-¿Me copian?

El silencio fue salvaje. No, Fermín no bromearía, descarté, con algo tan fundamental en pleno vuelo. Sin enlace, la misión se nos ponía delicada. De repente, los minutos a favor, de papas fritas y fantásticos paisajes, se volvieron una cuenta regresiva. Nada más tocar atmósfera,

tendría que confiar en que los mandos automáticos hicieran el reingreso. Como fuera necesario corregir la trayectoria manualmente, precisaba de los ojos en la tierra de Fermín y sus secuaces. Eso sólo se podía calcular con los sistemas de la base.

Tumbos. Saltos. Confusión. No fue distinto de pinchar a mil kilómetros por hora. Perdí dientes: mi mandíbula-matraca no dejaba de temblar a martillazos. Las ventanas parecían incendiarse: no creí que resistieran semejantes llamaradas. Catastrófico calor. Tifón de lava. La terrible, belicosa sacudida del despegue, que no voy a repetir. De nuevo calma. Topetazo. Bruscas náuseas inerciales. Me bajó por la laringe la nariz. Paracaídas desplegados. El descenso, finalmente, parecía controlado. La tranquila vastedad aletargaba la caída. Parecíamos flotar, la luz mis vísceras y yo. Sentí deseos implacables de rezar un padrenuestro. Solamente comprendí la tenebrosa rapidez con que bajaba, cuando, súbito, choqué con el desierto. Con el golpe, se cayó de no sé dónde la botella de champán, como rendida.

11 Constantino

Ciertamente no pensé que los aplausos demoraran. Es extraño que no vengan a buscarme. Más allá de los problemas con la radio, me tendrían que poder localizar por GPS. Ya pasaron unas horas. Es de noche. La botella de champán está flamante todavía. No quisiera que las cámaras me tomen tambaleándome. Después, esas imágenes de mierda te preceden para siempre. Yo lo sé, que, cuando joven (más aún), viralicé las que tenía de mi novia cuando quiso terminar. ¡Qué miserable perdedor! Qué perdedor y qué miseria. La miseria del perdido. Perdedor en su miseria. Los cobardes del colegio ni siquiera me quisieron expulsar. Hoy los maldigo. Solamente comprendí la magnitud de mi maldad cuando la vi con un revólver en la sien y sus pupilas en las mías, aguachentas. Qué mochila que cargué. Tan sólo pude liberarme de su peso ¡ser feliz a discreción! salvando niños en Ucrania. Vaya vida, con sus locas ecuaciones y sus raros ingredientes: sin haberme malogrado con el mal jamás hubiera, por antídoto, devuelto tanto bien. Recién allí me conseguí mirar de nuevo sin pavor en el espejo, con mis justas cicatrices. Hoy el sol parece no querer salir. El frío frena las agujas del reloj. Las madrugadas del desierto son heladas. Es difícil distinguir los movimientos -si los hay- en la distante superficie. Se ve negra como mar. Hay luna nueva. Las estrellas, de contrario, se ven nítidas. Jamás la vía láctea desnudó de tal manera sus muchísimos detalles ante

mí. Me siento Sócrates tratando de pensar el infinito con apenas un cerebro. Yo, con siglos de ventaja, no poseo más respuestas (o preguntas) que las tuyas. He llamado sin cesar, pero las radios de la base no parecen sino muertas. He probado mis equipos: juraría que no tienen desperfectos. Tengo todo funcionando, transmisores, electrónica, sistemas automáticos... En fin, como de fábrica. Los fierros de la fábrica parecen tiritar y las estrellas, congeladas como yo, ya no titilan. Encendí calefactores y cené lo que quedaba del almuerzo. Más o menos triangulé mi posición: estoy en medio de la nada. Caminar sería casi suicidarme: las distancias son enormes y, las botas, espaciales. El termómetro, sin puntos intermedios, además. O por la noche te congelas o te fríes en el día. Tengo víveres, previstos, en verdad, por si la cápsula caía, desviada por los vientos, en el mar. Son limitados por supuesto, pero, bien, alcanzarán hasta que vengan a buscarme.

12 Constantino

Qué calor, estoy asándome. La nube de vapor apelmazado pesa tanto como leña. Respirar bajo mercurio no sería muy distinto, me parece. ¿Nadie vino todavía? Maldición, ahora sí me doy por náufrago. No puedo ni

siquiera figurarme qué demonios ha pasado, pero tuvo que ser grave. ¿Catastrófico? Tal vez. Después de todo lo que vi, coronavirus y países destrozados por la guerra, no descarto casi nada. Sólo platos voladores (¡yo! ¡que vengo del espacio!). Bien, abramos escotilla. Vaya rayos. Es, en sí, cambiar un tipo de calor por otro tipo de calor un poco más ultravioleta. Vaya luz, abrumadora. Despertar con un millón de reflectores apuntados a los ojos no sería tan molesto. Vamos ya, la situación es extremadamente seria. Reventemos las pupilas. Necesito más perímetro visual: me pararé sobre la cápsula. Veamos... Santo Dios. El horizonte no promete nada muy prometedor, si me permites redundar. La misma nada. Nada, médanos y nada. Paradoja terminal: eterna pausa. Malas nuevas en impávido sinfín. Interminable perdición en lontananza. Lo comprendo: mis opciones no son buenas. Si me quedo, viviré, de corto plazo, varios días. Seis o siete, como mucho. Si me voy, probablemente dos o tres en el mejor de los supuestos, pero tengo, por lo menos, una mínima, volátil esperanza de vivir a largo plazo. Quizás dé con un camello milagroso. Sí, Fermín haría números. Pondría las ventajas estadísticas encima del temor. Esperaré, por si me vienen a buscar, hasta que queden en la cápsula las máximas reservas que podré cargar conmigo, de manera de prestarle la mayor utilidad a los recursos disponibles; de lograr aprovechar hasta la mínima partícula de resto. Tengo pocos microvíveres, así que no podré quedarme mucho. Los paquetes al vacío, ya de

pasas ya de miel, no son más grandes, en verdad, que los que suelen ofrecer las aerolíneas. Los avances tecnológicos no logran mejorar los alimentos naturales. Como médico, lo sé. Sin embutidos ni refrescos no tendríamos trabajo.

13 Constantino

Le veía claramente las arrugas, amainadas de continuo por la brisa virginal. Desde los párpados, el médano maldito parecía muchas veces más cercano de lo lejos que, después, corroboré desde los pasos. Del satélite tan sólo se veía, tras las horas de la larga travesía de las huellas, un puntito. Pero, bien, el horizonte no crecía para nada - ni su médano. La noche se ceñía sin que nada progresara. Tanto más, estaba lejos de la cápsula, pero desamparado. Tuve ganas de volver y suicidarme con el último bocado que comiera, pero no lo lograría sin un lento sufrimiento. Fui cobarde: no tenía ni revólver ni cuchillo. Todo kit, para mejor supervivencia, debería contener una pastilla de cianuro. Sólo pude continuar, con un errático doquier de zanahoria. Catalina... No dejaba de pensar en su feliz vivacidad. Con tanta gente, santo Dios, en que pensar, y Catalina se llevaba casi todos mis recuerdos. Transcurridas las raciones y los médanos, con múltiples ampollas,

¡derrumbándome de sed!, me sorprendí con una risa sosteniéndome del rostro. Con su casi telepática merced, embelleció mis pensamientos a lo largo del desértico martirio. Ya los buitres merodeaban por allí, surcando círculos encima de mis últimos tropiezos. Solamente me quedaba la botella de champán, que la tenía reservada para ser destartalada cuando fuera rescatado. Sin embargo, la tirana realidad es caprichosa. Por fortuna, maldición, también el hombre. Lo recuerdo de los rusos en Ucrania, que sus altos generales, a pesar de la derrota, desfilaron con los pechos a merced y sus mejores uniformes. Así yo: sería presa de los buitres, pero, bien, alimentado con champán. Con la paciencia del demonio, comenzaron a seguirme caminando. Cada vez que me volvía, se veían con mayor definición y desvergüenza sus satánicos detalles: la calvicie de sus cráneos, las estrías de sus cuellos, la joroba de las viejas y la fúnebre mirada de las brujas. El champán y la botella me quemaban en los labios. El mareo del calor se confundía con el otro, cabezón, de la bebida. Tropecé. Sentí detrás el retintín abominable de sus patas. Me traté de levantar, pero la loca situación y los kilómetros a cuestas se quedaban enredados con el último traguito que quedaba. Simplemente me senté, para tomármelo tranquilo. Levanté, con empinadas intenciones, el mentón. Sentí pegar con algo duro como nácar en la parte posterior de la cabeza. No dolió. Según el sol perfectamente vertical en mis facciones, se trataba del desierto, pedregoso. Sentí claro, por los pies, un

picotón. Abrí la panza de mi traje. ¿No pensaban esperar a que muriera? Maldición, así las cosas, procuré que me mataran lo más rápido posible. No pensaba permitir que tres o cuatro carroñeros arruinaran un momento clariluz, trascendental como la muerte. Ningún buitre borraría la feliz iridiscencia de mi rostro. Moriría con el joven entusiasmo con que tuve la fortuna de vivir. Así pensaba continuar, a donde fuera que la muerte me llevara. Me podrían arrancar los intestinos, no la risa. Los sentía por allí, picando piernas y testíc...

¡Putá madre! Todavía me parece recordar la rapidez de mi reacción. Lo capturé con un potente manotazo. Con el otro. Sus congéneres pegaron unos saltos y quedaron a distancia prudencial. El impotente pajarraco procuraba defenderse con las uñas. Sus nerviosos arañazos solamente consiguieron apurar mi decisión. Doblé su cuello varias veces sin lograrlo desnucar, así que, perro, sin dudarlo, lo mordí. Sentí la súbita saliva disparada por mis glándulas lo mismo que si fueran misilazos. "Digerir", se repetía sin cesar mis subconsciente. La ceguera corajuda del champán me dominó: lo devoré como si fuera -porque todos conocemos la potencia digestiva del estómago- la última mohicana del boliche. Cobré fuerzas otra vez. Perdí la cuenta de los días y las noches y los buitres que comí. Si me faltaba la valiente borrachera del champán, tenía -cómplice de tantas solteronas- la del hambre. Muchas veces creí ver, en mis lejanos espejismos, una ruta. Cierta tarde, fue real: necesité

corroborarlo con los pies y las rodillas y las manos y los besos y la frente, porque no me lo creía. Pero sí. La contextura del bitumen al calor se me pegaba de la piel y de las suelas. Caminé, porque ya no lo resistía, con el sol a mis espaldas. El transcurso de las horas alargaba cada vez un poco más el esquelético desgarbo de mi sombra, cuando vi, deshilachado de su curso natural, un automóvil desviado del camino. Tuve toda la feliz exaltación del que se siente rescatado, pero pronto sospeché que se tratara de, quizás, un accidente. ¿Justo yo, que precisaba ser salvado, los tendría que salvar? Estaba lejos todavía. Procuré romper las últimas ampollas con un paso más veloz, así llegaba lo más rápido posible. Si no fuera por los buitres, sabrosísimos, hubiera recorrido la fatídica distancia de mis pasos al vehículo rogando por hallar algún cadáver que comer. Pero llegué, de todos modos, para, ya con las ampollas al nivel de las rodillas, encontrármelo vacío. "Por lo menos beberé del radiador", me dije casi sin pensar en la mejor alternativa. Pero, sí, los automóviles esconden, entre noches y guantera, toda clase de milagros. Tener agua mineral embotellada, por ejemplo. La bebí desconsolado, con las lágrimas pujando por tirarse de mis párpados. Decir que no tenían casi líquido con qué... Probé fortuna: caja, frenos y motor, estaba todo funcionando. Lo llevé, sin contratiempos, otra vez a la lisura del camino. Procuré poner las ruedas a quemar, pero pisarlo me costó. Las fuerzas no me respondían. Una mera cucaracha, nada más inflar un poco sus omóplatos, hubiera conseguido

resistir mi pisotón. La larga ruta, comparada con el áspero desierto, parecía ser eternamente breve. La tensión acumulada no dejaba de temblar en mis rodillas y mentón. De vidrios bajos, conducía con las lágrimas al viento cuando vi, para sorpresa de mis ojos, otro coche desviado. Me detuve para ver si -ya del hombre, ya de Dios- los ocupantes precisaban una mano. Sin embargo, de manera similar al anterior, este vehículo también estaba falto de personas. Continué, con la sospecha de que sendos accidentes no podían estar sino conectados con la causa (natural o criminal) del abandono del satélite. Pues, bien, cuando de nuevo me topé con otro raro panorama similar y cuando, pronto, tantos raros panoramas se volvieron lo común, estuvo claro para mí que la razón del abandono general de los vehículos debía ser la misma. Pero, ¿cuál? El horizonte fue poniéndose rugoso. Sólo yo, completamente confundido, circulaba por la ruta. Los kilómetros pasaron y, sin prisas, un poblado fue cobrando sus contornos. Enseguida comenzaron a dejarse distinguir unas viviendas precursoras. Los diagnósticos se buscan por desacrte: me detuve sin pensar y me bajé del automóvil, todavía con mi traje gordinflón de cosmonauta. Caminé con decisión, como cansado de misterios, y llamé. Ya no quería que, lo mismos que venía de sufrir con el desierto pocos párrafos atrás, me dieran largas. "¡Si no salen entraré, maldita sea!" Los segundos transcurrían impasibles y, lo mismo que las horas, el silencio se burlaba de mi furia. "¡Si no salen entraré!", grité

de nuevo, mientras daba, valentón, una patada terminal en el pestillo.

Maldito de mí. ¿Qué demonios había pasado? Las casas estaban vacías, lo mismo que bares, liceos y plazas. Llamé desde varios teléfonos. Nadie -familia, colegas, Fermín- atendió. ¡Catalina! Recé nuevamente, tras largo parate. Comí cuanto pude. Las góndolas, lejos de toda corrida, seguían repletas. Dormí lo que pude. Cambié mi vehículo, ya castigado, por un deportivo. Calmé, con sufi combustible, la sed de su tanque. Me puse -ni cables ni válvulas- ropa más cómoda. Piel y remera. Las tiendas estaban abiertas a todo saqueo. Conduje, después, a través de distintas ciudades y pueblos: en todos hallé similar escenario. Pasé por hoteles, aeródromos, sótanos, campos de luz, batallones, empresas, prostíbulos, cuerpos de guardia, ¡palacios! y todos estaban vacíos. Si no me quedé disfrutando del lecho real fue tan sólo, Romeo de mí, por venir en su búsqueda. ¡No! Catalina no pudo también esfumarse sin más. Tantas veces, al verla moverse, temí que no fuera normal - y no sólo por ser sordociega. Peor: por sus genes. Qué más desearía, por Dios, que su piel inhumana, sus huesos extraños y, raros, sus nervios, hubieran logrado sortear esta suerte de quién sabe qué maleficio que sólo se quiso llevar a los seres humanos. Estoy en su cama. Lo sé por el grácil aroma que cierne las sábanas. Toda su casa parece -preciosa merced de sus padres- haber sido puesta sin más en función de su sordoceguera. Las mesas pequeñas, los muebles sin

bordes y todas las muchas esquinas forradas con goma. No tengo más fuerzas. Aquí dormiré, para no malgastar un segundo del frágil olor de su piel, abrazando su ropa. Tan sólo me voy a morir cuando ya no me quede, Jesús, por oler una sola partícula

¡Crassshhh!

14

Diez mil años después

...hay leyendas que dicen que siglos, milenios atrás, existían, por ancho doquier, semidioses con muy sorprendentes sentidos. Según la creencia común, conseguían captar vibraciones del aire, fotones y rayos de todo calibre sin más receptor que sus cuerpos. ¿Debemos creer semejantes historias? Sabemos que no. Sin embargo, su sólo valor mitológico sea, tal vez, mucho más relevante que toda verdad. Por alguna razón, nos encanta pensar en los dioses. ¿Qué más se les puede pedir? ¿Que nos salven? Maldito temor, ¿que nos salven de qué!? Que nos guste pensar en su ser es el máximo don que podemos pedirles - tal vez superior a que fueran reales. Real es la mente, también, y, por ende, real el placer de pensar en fantásticos

hombres, mujeres y niños capaces de no solamente leer estas mismas palabras escritas en braille sin nunca tocar el papel, sino, más telepáticos, luego decírselas unos a otros y otros a unos con sólo vibrar un momento sus cuerdas vocales.

15 Nakamura

Diez mil años y noventa días antes

Natural, sacó del jean una pistola que, por no pasar la mano por allí, yo no sabía que portaba. Disparó sin ultimátum (ni tampoco primerátum, en verdad) a cierta sombra que, sin más, le pareció -según me dijo de regreso- que trataba de mirar al interior del automóvil. El sujeto se tocó como queriéndose sacar un inocente cascarudo volador del parietal. La bala sólo lo rozó, pero sus dedos, al volver, tenían sangre. Lo noté por la viscosa sensación con que quedó filosofándolos. No supe distinguir a ciencia cierta sus reales intenciones iniciales: si rasparlo nada más o si partirle la cabeza. Como fuera, proseguí -sin que temblara la tasita-con mi té, como si no me sorprendiera ni lo uno ni lo otro. Debo darle la derecha, por lo menos, en que, sí, la complexión del individuo resultaba sospechosa. Los ladrones de la calle tienen todos, de común, un esqueleto parecido. Cada raza con sus genes. Además, en el supuesto

de que sean monaguillos o testigos de Jehová, los rasgos pecan por el hombre. Tanto da. Por el contrario -nunca rápido sin causa- Miyazaki³, con su rostro de película, podía ser travieso, no malvado. Nada cruel. Sus oraciones eran menos agresivas, en verdad, que sus palabras.

16

Unos pocos días antes

Los vacíos de pareja son así: se llenan rápido. Lo sabes y lo sé, lectora llena de cumplidos y promesas. No confiamos por estúpidas: confiamos porque no tenemos más alternativa que confiar. ¿Qué más podríamos hacer? ¿Vivir en Lesbos? Aunque seas en verdad irremplazable, como dejes el espacio lo serás por otra chica mucho más irremplazable todavía – que, seguro, con apenas caminar, hará saltar la llave térmica. La recta madurez provoca menos

³ Fue mi padre quien le puso, con su calma singular, a las manzanas el manzano: “no me caes nada bien, te lo confieso. Sin embargo, no me gustan las personas que le caen bien a todos”.

apagones que la curva juventud⁴. El tiempo pasa para todas, por lo menos, y tan rápido que llega sin el mínimo preámbulo. Recién, al maquillarme, no noté que mis pestañas (nunca menos que radiantes) estuvieran tan despiertas como siempre. Despuntaban, es verdad, pero con rayos otoñales. (Además, engordo bien de todos lados, menos busto.) Voluntad a trochemoche; medios cada vez un poco más escasos. Buena leña; sin embargo, poca carne. Todavía luminosa, mi mirada resplandece con la rúbrica del sol – pero del sol atardeciendo⁵.

Los espejos enloquecen quizás más que las pantallas. Tienen lupa. Lo dejé como si fuera de cartón, hablando solo. Caminé por el pasillo, desoí la tartamuda reticencia de los tacos y salí, que la peinilla con oxígeno del viento desenreda las neuronas mucho más que las pastillas. Reclinada donde más me complacía, con la tierra por detrás y con el cielo por delante, tuve ganas de mojar algunas líneas de papel con tinta buena. Lo saqué de mi cartera juntamente con la pluma que no dejo de portar:

...el alimento le decían. A los senos. Yo, mascándome los labios, escuchaba tras la puerta.

⁴ Aparte, poco satisfecho con robarse la tersura de la piel, el tiempo pesa, más que pasa. Tú consíguetelas flacas, que después...

⁵ Ya tendré (tendrás lector) los dientes largos de los viejos.

-Rayos... ¿eres escritora?

Por las dudas lo miré. Bastante feo, la verdad. Es una pena que, sin más, algunos chicos interrumpían sin siquiera preguntárselo. ¿No notan que no valen los segundos que te roban?

Por lo menos esa noche, mi vestido le gustaba. Sus palabras parecían saborearme, pero no como podrías entend...

-¿Escritora?

Qué pesado. Pero, cierto, consiguió lo que quería: respondí.

-Que tus deseos se reduzcan al tenor de lo que sobra. Tienes carne por allí, diseminada (señalé, sin demasiada dirección. Había kilos y más kilos a lo largo de la playa). Vaya mística, que Dios es indirecto: si no fuera porque tú me distrajiste, mis ilíadas y yo, meditabundas, nos hubiéramos perdido del paisaje. Moscardón, te quedo muy agradecida.

Por delante, caminaban unos chicos de revista. Bellas artes. Hay artistas que son genes. ¿Al revés? A ver, enséñame, lectora. ¿Qué me

¡Spúj! Su salivazo me limpió, de las estrofas, las lagañas. Cierta clase de varones son, al fin, así de nenas. Odian tanto solamente porque, bien, odiar es fácil. Con el índice, mojó para probar:

-Ahora menos. No me gusta tu sabor, es demasiado proletario. Yo no como de segunda.

Salivada, me tendría que bañar. El horizonte, comúnmente, limpia más que las burbujas del jabón. Como las olas abundaban, una vez que me metiera, no tendría ni siquiera que moverme. Me paré - pero tendría que dejar, en manos dignas, mi cuaderno. Busqué bien, entre los chicos, al más lindo. Ya la brisa discurría como viento. Los tentáculos de Céfiro pasaban al galope. Con las olas, revoltosas en extremo, no tendría que moverme, ni siquiera. ¿No te pasa con el mar, que las ideas se te dejan de sandeces? "Al que - con o sin razón- me guste más", pensé por dentro. Caminé con inclemente dirección. ¡Qué bien se siente no ser más de lo común! "Común", qué tétrica palabra. Cuando quieras asustar a los pequeños, sólo dila. Lo común es lo normal y lo normal es lo común. Y, sobre todo, lo normal es normalito: son sinónimos - no puedes ser tan sólo lo primero. Nos obliga la genética: por eso somos todos más o menos anormales los artistas. Se lo di: "¿me cuidas esto, por favor?" Algunas manos nunca saben lo que tocan. Se lo dije ni cortante ni cortés, y me di vuelta. Caminé, patrocinada por sus ojos, de seguro. ¿Sabes cómo caminar con elegancia? Sólo fijate, delante de tus pasos, una línea para, luego, caminar sobre su curso. Sólo tienes que pisarla, sin salirte. No los abras con el tranco del gorila, que parece que las plantas de los pies se le sumergen en sí mismas. Taco firme. Buen talón. Empeine suave. Dedos poco contraídos.

Al mojarme los tobillos con el agua, me volví, discretamente. ¿Qué? ¿Mis versos son mejores que mi cola? Deben ser maravillosos. Hay elogios ofensivos, ¡agraviantes! "Estás flaca". Qué manera de decirnos "eres gorda". No le vayas a creer al editor cuando te diga que, de tan inteligente, tu trabajo no sería comprendido por un público de llanos y trincheras.

Ese público no suele ser el menos perspicaz, también digámoslo. Seguí, con dirección a los veleros. Hombros rectos. Faz erguida. "Que parezcas olfatear el horizonte", me decía mi padrastro, de quien guardo toda clase de tesoros, monetarios y mentales. No le debo mis fracasos ni mis logros, pero sí tener perfectamente claro que tan sólo los que saben disfrutar de los primeros son capaces, además, de disfrutar de los segundos. El oleaje parecía montañoso. De repente, con un poco previsible topetazo, me tumbó. Tragué tentáculos y sal. Sentí lo mismo que las prendas al girar en el tambor del lavarropas. Perdí toda referencia del espacio. No sabía para dónde cabecear. Por suerte todos mis pulmones, los mentales y los dos, estaban sanos. Por allá, toqué con algo de mis células el fondo. Lo pisé para salir y, solamente despuntar, abrí molares al oxígeno. Tan sólo descubrí que mis sostén había sido, de raíz y de pezones, arrancado por las olas, una vez que ya tenía las miradas sobre mí. Sobre los ambos, mejor dicho. No podía permitir que se notara mi vergüenza: nada más me zambullí, como si fuera, para mí, tan natural nadar en topless como

ver atardecer. Busqué con ágil disimulo mi sostén arrebatado por el mar, inútilmente. Ya Neptuno lo tendría de fetiche. Bien; tenía dos opciones: esperar a que la gente se marchara con el sol o, ya perdido por perdido, caminar hacia la playa sin reparos. No lo tengo que decir: me decidí por lo primero. Pero ya cuando pasaron los minutos y las olas enfriaron, paulatinas, el calor original y sobre todo cuando vi que tres imbéciles curiosos se venían a bañar en mi maldita dirección, cambié de planes y salí. La caminata fue normal y cuidadosa, porque sólo me faltaba tropezar... Al acercarme, con los ojos impasibles en los míos y la mente sabe Dios en qué películas, el chico que cuidaba mi cuaderno me tendió, sabe Satán si con segundas intenciones, su toalla. La tomé sin preguntárselo:

-¿Perdiste tu sostén?

-Me lo saqué. Después el mar me lo perdió.

Yo no sabía bien qué cariz adoptar, si liberal o pudoroso. No quería que me viera como torpe, pero menos, maldición, como la chica que jamás presentarías a tus padres.

-¿"Versos tántricos"? Escribes como cantan los fenómenos del rock.

-Lo dudo mucho. Los artistas de verdad no se parecen entre sí. No se parecen, en verdad, a ningún otro ser humano. Mira bien las oraciones, sus detalles y sus formas, para ver la sorprendente magnitud de su rareza.

-Más que rock es un galope... Pero raro... De luciérnaga, quizás.

El horizonte, más allá de la revuelta matemática del mar, olía bien. En lontananza, la mirada sueña más y cansa menos. Eso sí, progresa poco. Pero, bien, cuando los chicos de verdad nos interesan las mujeres vamos lento. Ni Julietas ni Romeos se reducen a dos párrafos, así que ya lo sabes, erradísimo lector: cuando te besen enseguida, no te sientas atractivo.

-Si tuvieras una máquina del tiempo, ¿volverías a tomarme de la mano?

Me miró como sin énfasis:

-Jamás. Pero seguro que lo mismo, sin el mínimo matiz, me pasaría con cualquiera.

Lo miré con veterana comprensión. Probablemente, mi respuesta no distara demasiado de la suya. Pero no me preguntó. Quedamos ambos en silencio. Más allá de las mentiras que pudiéramos callarnos, eso sí, nuestras memorias eran gratas por demás. Champán del bueno, sin burbujas. Lo quería, pero casi me costaba recordarlo. ¿Recordábamos lo mismo? Como fuera, nos hallábamos en paz - pero la paz es muy distinta del amor. Las olas tibias nos robaban unos besos de los pies. Las sombras largas de la gente caminaban con el sol. El cielo todo nos bañaba de bellísimos colores.

-¿Nos hubiéramos casado?

Procuré que mi carótida, de golpe como tubo de cañón, no me quebrara las clavículas. Hubiera precisado recostar mis pensamientos en alguno de sus hombros, que tenían el efecto sanador de que dejara de pensar. ¿Qué responder, esquiva musa? ¿Que "tal vez"? Una respuesta tan común hubiera sido poco digna de nosotros.

-Dando vuelta los partidos. Es allí donde se lucen los campeones.

Las palabras le ganaron al sonido de la brisa por apenas un sufrido decibel. Apenas sé si los oídos las captaron fidedignas. Como fuera, nadie quiso preguntar ni repetirlas, de seguro por temor a malograrlas.

-Bien, me tengo que marchar pero no puedo levantarme.

Lo miré sin desconcierto. Geniital, un alto mástil sostenía, con erguida resistencia de verano, la caída de la tarde. Según sé de ciertas fotos y leyendas, hay mayores. Pero no resultaría nada fácil ocultar aquél secreto. Por supuesto, no podía condenar en absoluto la reacción - halagadora, natural y convincente. Sobre todo cuando yo tal vez había no buscado demasiado mi sostén para que todos observaran mi bellísima salud en sus narices.

-Si de veras debes irte, colaboro. Sin tocar y sin intentos. Por lo menos hasta, raudos de pudor, llegar al auto.

La carnosa presunción abarrotaba la tirante resistencia de la tela.

-Bien, vayámonos al auto. Dime, ¿dónde lo dejaste?

Pregunté como si yo no lo supiera. Si bajé cerril y dócil a la playa fue tan sólo por haber reconocido la matrícula. Quería ver, peinado por el sol, su nuevo corte de cabello. ¿Por qué sólo -más las chicas que los chicos- recordamos aggiornar nuestras cabezas una vez que terminamos? Cuando veas una joven con ideas renovadas en cualquier peluquería lo sabrás directamente de mis páginas: ha roto con el novio. Caminamos, paralelos con el mar y procurándonos tapar de los fisgone(a)s, pero sólo conseguimos, por hacernos evidentes, atraer a los curiosos que faltaban. Además, las sombras largas no jugaban a favor: la prominente realidad cortaba leguas y señoras con alcance de sablazo. Se callaban los silencios y los rostros parecían girasoles: en los lentes impasibles se veía reflejada la grandeza del señor. No la podíamos tapar y como sólo se consiguen esconder los eucaliptos barajándose con otros en un monte, comprendimos en un tris que, si no puedes camuflarte, sólo queda camuflar el escenario: permití que la toalla se volara levemente de mi pecho. Flores, pinos y palmeras. Fue lo mismo que tirar fertilizante por doquier. Llegamos jóvenes al auto. ¿Dando vuelta los partidos? Por lo menos, el alargue parecía verosímil.

-Me citaron a las diez en el palacio. ¿Quieres ir?

-Pero vistámonos en casa. Todavía tienes ropa que sacar de mi ropero...

Contesté.

-Marqués teniente Miyazaki, vizcondesa Nakamura, bienvenidos.

El custodio del vallado nos abrió con la marcial celeridad de los soldados. Aparcamos al costado del ingreso familiar y descendimos del vehículo. De nuevo recibimos el saludo de rigor y caminamos a la sala.

-Sí marqués. Su majestad está, salteado de comidas, esperándolo.

-¿Salteado de comidas?

-Y de sueño.

-Maldición. A las personas de su clase no las logras preocupar con tonterías.

El ujier nos conocía desde niños. Escoltó por las alfombras y los óleos al marqués de mi (de nuevo) pretendiente. De cajón: si lo que sea que precisas te lo debe gestionar un familiar de sangre noble con estatus militar es que la cosa viene muy comprometida. Tanto más cuando te saltas los caminos oficiales y quebrantas el espíritu jerárquico del mando, de civil y por la noche. Yo creía sospechar, con fidelísimo silencio, la razón.

-Qué maravilla verlos juntos otra vez. Aunque lo nieguen a morir, están felices.

El ujier había vuelto.

-Nos estamos conociendo.

Respondí.

-¿Le gustaría tomar algo mientras vuelve su...

No lo dejé que terminara.

-Por favor. Del Comandante, lo que sea.

Tras un rápido paseo, regresó con una copa que podía derretir el paladar más exigente de la toda creación.

-¿Espirituoso?

-Conociéndolo, jamás el Comandante, si lo dejan a sus anchas, osaría preparar una bebida sin espíritu. Las cosas están raras, sin embargo. Volveré con la respuesta.

-Muchas gracias, pero quédate, mejor. Iré yo misma, que tal vez su majestad te necesite.

Caminé por conocidos corredores pero, casi por llegar a la cocina, me detuve sin entrar -a la sazón indetectada- para darme por pausada con la paz del Comandante. Simplemente lo miré, para llenarme de su plácido sosiego. Parecía disfrutar de los aromas residuales de la cena con antípoda nariz: las nuestras huelen diferente, de seguro. Lo miré con atención para grabármelo del modo más

cabal así después, si precisaba de su calma, lo podía recordar con el propicio, mayor número posible de detalles. No me logro resignar a la frugal ambigüedad de la memoria. Si pudiera regresar, como lo suelen los espíritus culposos, al pasado, nada más enmendaría, de los tantos cometidos, un error: haber dejado que pasaran ante mí momentos llenos de valor como si fueran momentitos. Les debí clavar pupilas y sentidos con mayor adrenalina, ¡que quedaran impregnados en mi ser con la palpable pertinacia de los huesos! Hoy me queda, de su blanca mayoría, nada más la nebulosa. Me volví, porque los hombres y los celos son un cóctel cabezón: como te pases de la raya, los atontas y te dejan de gustar. Un pene pierde su confianza fácilmente: su volátil erección es de cristal y Miyazaki, con el férvido desnudo de los médanos, había padecido suficiente. De regreso, noté muy sobrecargada la tensión en los pasillos y la sala. Los tapices apretaban el tejido como dándose calor y los ancestros transpiraban, esculpidos. Caminé por entremedio de la rara soledad y más allá de que mis piernas -ya con horas aplastando los talones- me pedían descansar, no tuve ganas de sentarme. Procuré traer a mí, de salvavidas, el recuerdo clariluz del Comandante para sólo comprobar que la memoria, como toda perfección, es un paisaje que precisa de distancia.

Sonó poco convencida: la mordida del pestillo fue más bien vegetariana. Siete sílabas después apareció, con un pequeño maletín que le rozaba la rodilla, Miyazaki.

-Lo pasamos a dejar, cenamos juntos y te llevo. ¿Te parece?

Sugirió someramente, señalándolo.

-Muy bien.

Le respondí, con una voz que parecía que dos ángeles caníbales colgaban de mis cuerdas. Satanás y Jesucristo. Caminé con no común fragilidad en las antípodas del zurdo maletín, a su derecha. Recorrimos la distancia terminal hasta la puerta sin hablar y no notamos que llevábamos las manos agarradas hasta no llegar al auto. Palaciega violación del protocolo, como tantas cometidas - aunque nunca nos había sucedido sin querer. Por poco casi nos soltamos, pero no: nos atrevimos. Apretamos otro poco la verdad en un segundo de valor. Recién después nos desprendimos. Al subir, le pregunté:

-¿De qué se trata?

-Me parece que son órdenes y códigos. Los tengo que llevar al Batallón de Desarrollos Especiales.

-¿Que no son los que manejan los misiles termobáricos?

-Exacto. Termobáricos, nucleares y biológicos, aparte de las armas rompedoras de moléculas, los rayos incendiarios, los tensores electrónicos... Las armas que se dicen especiales suelen ser las innombrables: kamikazes o tetonas asesinas.

Como quieras destruirlos, a los hombres dales sesos y permítele, después, a su mejor estupidez hacer el resto. Lo miré con suspendida turbación. Siguió diciéndome, no sé si convencido:

-Debe ser un ejercicio, de seguro. Los informes que circulan no mencionan amenazas importantes.

17

Unos pocos días antes

-Majestad, recién el médico los trajo.

-Bien, veamos...

El monarca recibió los resultados del análisis de mano de su perro más confiable, la teniente general Masako Kano, sin dos glóbulos azules pero sí con las realistas pretensiones de los dobles apellidos. ¿Quién lo duda? Semejante cerrazón se debe ver también en sitios sin ninguna relevancia, como Paso de la Virgen o Carrasco. La crocancia del papel al desdoblarlo fue seguida, singular, por una lágrima. La mano del monarca lo dejó sobre la mesa.

-Positivo. Los análisis genéticos coinciden...

De sus ojos arrugados, al hablar, brotaron otras y, después de medio párrafo, más bien que de sus lágrimas brotaban unos ojos. La teniente general, mujer curtida sobre campos de batalla, que, de niña, no tembló cuando se tuvo que llevar en el bolsillo su mandíbula después del accidente, por primera vez en toda su carrera no sabía de qué modo conducirse.

-L, le permito, majestad.

En el momento que salía del despacho se detuvo con la voz, bastante más envejecida, del monarca. Las arrugas del sonido parecían terminales.

-No te vayas, por favor. Necesitamos resolver este problema sin demora. Los segundos son fugaces y tenemos un segundo de ventaja, nada más. Si los periódicos lo llegan a saber, la sucesión peligraría.

-Viven lejos, majestad, están aislados y son pocos. La manera más segura de cubrirnos las espaldas es matándolos a todos.

El monarca lo sabía. Sus opciones eran dos: exterminar a los testigos o partir la dinastía con los bárbaros. Trató, con el apremio de los naufragos cubiertos por el mar, de sopesar alternativas, para sólo comprender que su nefasta posición aún podía complicarse de manera colosal, con consecuencias de verdad impredecibles. La teniente general le procuró facilitar la decisión:

-No dejaremos, majestad, un sólo rastro. De mañana, serán parte de las nubes.

El monarca la miró:

-Le doy las gracias por el ánimo, sin dudas importante. Más aún precisaríamos, también, que la metáfora no fuera metafórica. Tal vez en un comienzo lo logremos ocultar, pero pasados unos meses, unos años o mil décadas habrá quien se pregunte qué pasó con esta tribu. No podemos diluir ni cabos sueltos ni cadáveres en ácido: por siempre quedará -retazos, huellas o casquillos- evidencia.

-Majestad, si me permite, quizás sea ventajoso conferirle la misión al Batallón de Desarrollos Especiales. Como debe recordar, las nuevas armas estratégicas incluyen rompedores selectivos de moléculas orgánicas humanas.

-¿Es decir...?

-Que solamente se destruye lo que tenga rastro fiel de nuestro código genético. Las vísceras, los huesos y la piel. Hasta las muelas. En un tris desaparecen, sublimados en el aire. De contrario, las viviendas, el entorno natural, los animales, las diversas estructuras o los árboles no sufren la menor afectación. En el supuesto de que, ya porque dejaron de comer a sus vecinos o por pocos atentados, alguien note que le faltan unos negros al Big Bang, es más probable que lo crean abducción que no masacre. La reacción es inestable todavía: se propaga por reacciones atmosféricas, así que no

podemos acotarla con entera precisión. Tal vez alcance, suponiendo lo peor, algunas tribus aledañas que, por cierto, nadie censa.

Los oídos del monarca comprendían la retórica. Tenía que dejarse convencer, justificarse como fuera. Le temblaban las pupilas y sus pómulos temblaban. Un abrazo de la dura militar hubiera sido recibido con las manos a los brazos a la cerviz; y también habría sido temerario. Samurai culminación. Heroicidad condecorada. De común, son los políticos y no los generales los que llevan a sus pueblos a la guerra. Sin embargo, la teniente general tomó la carga para sí, sobre sus hombros. Nada más haber podido, maternal, ahorrarle toda la terrible decisión a su monarca, ya las vidas de la tribu no serían un problema. Pero, bien, necesitaba de sus códigos y firma. Por el bien de su país, enviaría muchas almas al parnaso, condenándose por miles de milenios al infierno. Tal el caro sacrificio del soldado. Le pesaba su papel: estaba siendo más actriz que militar y, de la forma que solían los antiguos samuráis que se sentían deshonrados, una vez cumplimentada la misión se mataría. Las estrellas en los hombros y los soles de latón no pesan menos, al final, que las paladas a granel sobre los muertos.

18

Unos pocos días antes

Mis acólitos son suyos y su nieto, majestad, es hijo mío. Sólo resta que nos demos una grata, calurosa bienvenida familiar.

El negro casi se lanzó, con un abrazo que jamás podía ser correspondido. Caripálido, con asco mucho más que con temor, su majestad lo despidió con un volumen que los guardias escucharon.

-¿Todo bien, emperador?

-El caballero ya se marcha. Todo bien.

El negro, viéndose muy poco persuasivo, se clavó los dientes rancios en las venas y cinchó: saltaron chorros a granel de su muñeca. Los agentes enseguida lo lograron reducir.

-¡Allí la tiene! ¡Verifique con mi sangre, majestad, que soy el padre! Se lo voy a reclamar, ¡mi tribu toda sabe toda la verdad! ¡Nos vieron juntos! ¡La princesa...

-¡No permitan que la nombre!

Les gritó su majestad a los agentes. Al instante, le prensaron la mandíbula con fuerza. La pacífica deidad enfurecida de manera tan feroz les encogió severamente los testículos. Jamás habían visto reaccionar a su monarca. Los

testículos oscuros, de contrario, parecían explotar del colorido taparrabos.

19

Unos pocos días antes

-Dos ovarios tan lucidos no podían ser estériles. Estoy embarazada, Nakamura.

Me lo dijo con mirada diagonal hacia la nada. Juraría que jamás una princesa se vio tan avergonzada de vivir.

-Resolveremos este lío, Narikita. Como sea.

Me miró como negándolo:

-Jamás abortaré. Las modas son intrascendentes para mí. Los genocidas siguen siéndolo por más que sus fanáticos no lleguen a saber, hasta pasados unos años, que lo fueron. Así fue con los judíos y los nazis, los armenios y los turcos, y los chinos y nosotros - que tan sólo derrotados conseguimos aprender a ser pacíficos. Sería más honesto si las chicas abortaran suicidándose.

Jamás abortaría. Claro límpido. ¿Plan be? Quizás tenía por allí, bajo la manga de su suéter, una máquina del tiempo.

-No lo tengo que decir: será difícil ocultarlo.

-Primer hijo Nakamura. Sucesor, después de mí, de la más vieja dinastía de la Tierra. Por amor y por deber, y por amor, jamás lo voy a relegar. Ni la maldad ni la barbarie se transmiten por los genes: el problema viene dado por su padre, no por él - y ni siquiera para mí: para la gente. ¿No lo ves? Es un problema meramente narrativo, Nakamura. Necesito que lo trates de pensar como si fuera, nada menos, una más de tus novelas. Vale todo: precisamos de tus días creativos. Si te quieres motivar, servimos brandy.

"Meramente", maldición. Algunas veces, las novelas tienen menos solución que los infartos en el mar.

-Estás pidiéndome no menos que pueril ciencia ficción.

Quedó mirándome, confiada. Por lo menos, sus pupilas nuevamente se veían principescas.

-Bien, hay una solución, pero no tienes una noche que perder: que duermas hoy con otro negro más decente. Cuando nazca tu bebé, se lo podrás adjudicar.

Quedó mirándome, dudosa.

-Te refieres, sin condón, a lo contrario de dormir...

Quedó pensándolo.

-Tendremos una leve salvedad de calendario...

-Nacerá, según el parte de los médicos, un poco prematuro. Nada más.

-¿Podré seguir, después de tan extravagantes proceder, siendo yo?

-Los altercados con el yo son un problema narrativo. Los sicólogos más diestros son los buenos escritores. Estaré para salvarte de las crisis.

-Bien. Vayamos a salvar la dinastía. ¿Dónde diablos se supone que podamos encontrar un espécimen de color, civilizado?

Manejé, tras los espesos vidrios negros, al estadio principal de la ciudad. Allí jugaban dos equipos cuyos nombres ni siquiera conocíamos muy bien: el fútbol nunca nos había desinflado los pulmones. Eso sí: según la rápida lectura que le dimos a los diarios, eran clubes importantes. Apoyamos las narices a la par en los prismáticos y vimos el distante colorido desde cerca. La tranquila necedad. La yugular exaltación. La baladí testosterona. Los gritones machos zeta devenidos machos alfa por un rato. Ya después regresarían a sus deudas y sus cuernos. En la vida, las personas se dividen en dos grupos: los que juegan y, no tan interesantes, los que sólo ven jugar a los que juegan. Los segundos consideran, comúnmente, que los éxitos que

logran los primeros les son propios, de manera que celebran sin triunfar y se lamentan sin perder. Están allí, ni vencedores ni vencidos. Abiográficos, no tienen más anécdotas que, corta de raíces, una planta. Dirigimos los prismáticos al verde de la cancha. De seguro, sobre pastos se podían conseguir avistamientos mucho más interesantes.

-Bien, ¿me guío por las piernas? Hay algunas tan marcadas que sus venas aparecen y se van como los rayos, trifurcadas.

Era cierto. Parecían, en el nítido relieve de los músculos, un atlas anatómico.

-Buscamos, en verdad, un rey consorte. Necesita de sustento, no lo vamos a negar, pero tampoco puede ser cabeza hueca. Precisamos descartar a los estúpidos. Los príncipes, hoy día, se desposan con plebeyas, no con bárbaros.

-¿Y cómo?

-Los estúpidos no saben engañar. Son evidentes. Sólo míralos: anuncian cada pase. Los mejores engañando son los más inteligentes.

-Pues prefiero los estúpidos, entonces.

Respondió.

-Pues yo prefiero que me metan unos cuernos de película, que no pasar la vida con un tonto.

-No lo dices en verdad.

-Elige bien, querida prima.

Transcurrieron, con anónima tensión, unos segundos de silencio.

-Ya lo tengo.

Transcurrieron, esta vez, unos silencios de segundo.

-¿Cuál de todos?

Pregunté, calmadamente pero rápido.

Ninguna de las dos sacó los cóncavos cristales de sus ojos ni, del campo, los cristales.

-Adivina.

Por fortuna, de común nos atraían chicos nada similares. No teníamos conflictos.

-El que tiene las orejas alienígenas...

-El mismo.

Por lo menos se rió. Yo prefería los directamente lindos, de carita celestial, infantiloides. Narikita, de contrario, se fijaba mucho más en los horriblemente lindos, de belleza no tan pura, más peludos, corpulentos y bañados en perfume. Cavernícolas, con rápidos detalles al pasar, estilizados. No diré que no comprendo: no comparto, nada más. Al menos no como parámetro central. A veces sí,

peludos cuádriceps, frondosa calidez y barba sólida se ven salvajemente seductores. Tal el novio que le supe relojear a Narikita. Todavía me parece recordar sus bellos pómulos. Y párpados

¡Penal! En un segundo, las mandíbulas de todos, delanteros, defensores y porteros, comenzaron a moverse sin control. Los ojos todos, enviagrados de repente, despuntaron de sus órbitas. Los rostros se volvieron demoníacos. Gritaban, con saltona fealdad. Testosterona, de la pésima. Miré con decepción a la princesa Narikita. Me miró con principesca suavidad, decepcionada.

-Las princesas hoy en día se desposan con plebeyos, no con bárbaros. Buscamos otra cosa.

-Sí. Ninguno lograría sostener una corona. Son los tontos que, si llegas a besarlos una vez, después le cuentan al plantel que te mojaron el esfínter.

-O las joyas; Dios me libre.

-Precisamos otro coto diferente. ¿Sugerencias?

-Con las cosas que sabemos de nosotros, no podría ser difícil encontrar un negro más inteligente que los blancos. Pero, bien, con el balón se nos terminan igualando, según veo.

Lo seguimos escuchando de la voz del relator, bastante más interesante que los meros pelotazos del partido. Narrador mejor que muchos escritores. Qué talento

para dar, a semejantes personajes, semejante relevancia. Para, sólo con dos arcos, un balón y veintidós intelectuales, hilvanar un argumento. Quizás todos los problemas son problemas narrativos, finalmente. Los semáforos en rojo se zafaban de mi pie. Ya no teníamos agenda para nada de suspenso. De rigor, en la tribuna nos habían sustraído no tan sólo los relojes: también tiempo. La premura del pedal no se dejaba dar lecciones por los frenos. Tras algunas perdonables infracciones despuntó la Facultad de Teología, Sociedad y Religión, a la que dimos prioridad sobre las otras simplemente por tratarse de la menos complicada de llegar. Quedaba cerca. Con razón o sin ideas, supusimos que podríamos hallar, en un enclave semejante, coloridos estudiantes extranjeros. Así fue. Las clases ya se terminaban. Era tarde. De los múltiples salones comenzaron a salir interminables especímenes. "Ayúdame", me dijo. Parecían apurados por marcharse. "Yo qué sé", le respondí. Pasaban rápido. Por poco nos pechaban. ¡Cómo cansan a las chicas esos huevos sin pelotas! Apretaban cola, pasos y mentón. No parecían más agudos, al final, que los obtusos del estadio. Caminaban ligerito, sin hablar, como si sólo se quisieran, casi bárbaros, llevar conocimiento. Sin la voz del profesor, las experiencias son anécdotas tan sólo; pero, bien, sin experiencias, la costosa, capital educación es sólo voz. Quizás saber y no vivir, a fin de cuentas, tenga puntos en común con no saber en absoluto. Sin embargo, cuando todo parecía

baladí, detrás del gélido rebaño de robots, quedó sonando, proveniente del salón, un maciza reprimenda:

-Cuando logro que te dejes de reír, allí comienzas a roncar y sólo dejas de roncar para reírte. Como sigas molestando, te tendré que dar de baja de mi curso.

Tras decir estas palabras, prorrumpió, con ojos rancios, el docente. Nos quedamos expectantes a ver qué lo secundaba. Los segundos despejaron el pasillo, pero nada proveniente del salón cobraba forma. Mantuvimos las miradas apostadas y los dedos tan cruzados que después nos costaría regresarlos a su sitio. Parecían esos nudos que tan sólo se desatan con tijera. Sin paciencia de reserva, caminamos al salón y, de narices a la par, nos asomamos. Nos miró, con penetrante, cardinal desinterés.

-Qué raro sol el japonés, que no broncea.

Saludó. Sus lentes eran de los sexys y, su piel, de las extrañas que, tan sólo con el brillo de la luna, se chamuscan. Todo visto: tras un ágil empujón, cerré la puerta, permitiéndoles. Los príncipes, los reyes y los dioses, al contrario de la gente, que se queja de que nunca se las abren, agradecen mucho más que se las cierren.

20

Veinticinco días antes

En verdad, hubiera sido menos duro para mí verla llorar desconsolada. De común, las secas lágrimas del llanto sin romper son más atroces que las húmedas, aún en la zozobra de su mar. Nos encontrábamos a varios horizontes del hogar, de vacaciones. El safari transcurría con fatal normalidad. Normalidad, palabra fea, que jamás nos satisfizo. Decidimos explorar por nuestra propia juventud y nuestra cuenta la colina que brotaba por detrás del horizonte. Sin pañales, tras un trecho de reloj, nos detuvimos. Ella no necesitaba tanto tiempo como yo. Ni tanto rollo. Los mosquitos, en sediento nubarrón, la convencieron de volver a la cabina del vehículo: yo ya la seguiría cuando todo regresara, carne setas y cebadas, a la tierra. Sin embargo, lo que vi cuando salí del matorral no me dejó ni relajada ni tranquila: dos nativos se robaban el vehículo, con ella de rehén. La polvareda que dejaron al huir oscureció lo que quedaba de la tarde. Procuré buscar alguna solución, pero mis manos no tenían, epilépticas, ni rifle ni teléfono: nadaban en el aire. Nada más quedé gritándoles, no menos impotente que luciérnaga sin noche. La pradera, con ternura, mantenía delatadas las cubiertas del vehículo. Las huellas de la fuga, paralelas, circulaban con preciosa claridad entre las lomas del paisaje. Los corrí, por más que nunca lograría, solamente con mis piernas, alcanzarlos - pero no

me quedaría sin obrar, paralizada. De repente tropecé, de bruces manos y nariz, con una chita. Toqué todo: me caí sobre sus huesos y sus patas y su siesta. Bostezó, con un efímero destello tan humano que, por poco, no le temo. Pero pronto me miró con desalmada frialdad. Su calma gélida, sin gestos, era mucho menos vívida que pastos y verduras aborígenes, allí donde dormía camuflada cuando yo la desperté. ¿Qué pretendía, maldición, el que la puso, con las patas más veloces de los cinco continentes, ante mí? ¿Que la montara? Vaya broma sin un mínimo de gracia. Sin ningún lugar a dudas, ese fue, no menos burdo que los gordos hipopótamos, el Dios de los cristianos. El bosquejo de la chita se laureaba con un rostro femenino, triangular. Me parecía procurar hipnotizar con la mirada de la víbora, profunda, que no sabes en verdad si no son ellas las que juegan con el indio de la flauta. La tensión, con aurinegra suavidad, estaba toda de mi lado. Nada más movía parte de su cuero, sacudiéndose las moscas. Yo traté de no ser menos: la miré, tras inmutable fingimiento, con su misma frialdad. Como dos viejas pterodáctilas. Jamás había sido tan consciente de mi cuello, de mi pobre yugular y de mi vida - que tal vez no sea sino ser consciente de la muerte más que nunca. Con filósofo deslíz, me pregunté si no podía ser posible que la chita, por debajo de su máscara, fingiera como yo. Quizás también los animales estén hartos de matar para comer y de comer para matar. Quizás la fuerza trae consigo la brutal contrapartida del cansancio. Las acacias y los

médanos, ¿se cansan? Sabe Dios si, más allá de sus kilómetros por hora, cuando suben los fantasmas y le pesan los omóplatos, la chita no desea que su presa corra mucho más veloz. Quizás la fuerza sea sólo la mentira de los débiles. Su pose, de repente, se quebró. Cayó de bruces, a dos míseras de mí. Recién allí me percaté de las heridas que tenía. No tan sólo -según reza la protesta popular- en las ciudades es carísimo comer: también allí, donde no suben edificios y los árboles no bajan, un menú perfectamente te podría, más allá de que te precies de león, costar un ojo de la cara. Los he visto majestuosos, cansadísimos y tuertos. A la chita le costaba respirar. Sus ojos casi se cerraban, apagados. Al momento de morir, se desgarró, con mi pasmado maleplácito, la panza. De su parte posterior aparecieron dos cachorros a comer. Su madre, lejos de dejar caer las tetas en sus últimas, estaba protegiéndolos de mí. Los animales tal vez ven, en los humanos, un destello de las fieras. El sonido del motor había sido camuflado por el viento: de repente, vi frenar a mi costado las cubiertas del vehículo. Tan sólo se veía Narikita, con las manos al volante, desangrada la nariz y las pupilas desgredadas. No me tuvo que contar lo sucedido: lo noté. Jamás había visto nada semejante por sus ojos.

-Bien. ¿Prefieres que conduzca?

-No. Mejor conduzco yo, que por lo menos me distrae.

De regreso, nos topamos con los tardos guardaespaldas.

-Por favor no digas nada.

Me pidió. Sobre mis piernas, los cachorros de la chita ronroneaban sin parar, como gatitos.

21

Treinta y cinco días antes

21.1 Sumergibles

El placer no se define con un cálculo contable.

21.2 Bellas artes

Açái prepara platos parecidos con su pluma.

21.3 Viceversos

Todos tienen, a pesar de sus miserias, envidiosos.

21.4 Penitencia

21.5 Confesora

21.6 Sus deseos, a pesar de lo que diga con sus órdenes

El beso de la suerte tiene rasgos en común con el de Judas. Nos leímos el destino, con las yemas cariñosas, en la palma de las manos.

21.1

Sumergibles

El placer no se define con un cálculo contable

-¡Santo Dios! ¡Están quemándose! ¡Se queman!

-¿¡Cómo dices!?

-¡Que se queman madición! ¡Con la comida!

-¿Tienen agua?

-¡Por supuesto!

-Pues que dejen de comer y

-¡Por Jesús! ¡Es que no dejan! ¡Es insólito parecen poseídos!

Engullían las albóndigas del plato -como cosa terminal- al rojo vivo.

-¡Paren! ¡Paren por favor!

Estaban sordos, entregados a lo suyo. Los ojitos, del hervor, lloraban sangre - pero no se detenían. ¡Nos miraban extasiados! El sabor les desarmaba las moléculas: hipnótico que no los comensales a los platos. Al revés. Eran los platos, en verdad, que se comían a los pobres comensales. Así son los pensamientos: ¿quién jamás imaginó, somatizando los

detalles, insistentes escenarios de lujuria con el prójimo, sin nunca confesárselo? Quizás, contigo yo. Probablemente, tú conmigo. "¿Pero quién es el autor de semejante maravilla?!" preguntaban, de narices sumergidas. Frenesí. Sabor. Lascivia. Posesión: más que de comas o de pausas, precisábamos del cura. Salpicaban como peces en sus últimos, urgentes coletazos y lamían el mantel. Después volvían, otra vez, a zambullirse. La vorágine más íntima del sol. Temperatura terminal. Abrasador como la lava. No caliente: fulminante. Delicioso que pelaba. Los cubiertos de metal, incandescentes. Los infiernos, encarnados. El calor, como disparos de pistola. Miel. Espárragos. Amnesia. Los modales de la mesa parecían olvidados.

-Qué demonios... ¿Son ampollas? ¡Son ampollas!

El dolor es componente del orgasmo, desde luego, pero ya la situación estaba fuera de cualquier exquisitez. ¿Alguna vez (¿te compadezco?) te sentiste bendecido por el mal? Era lo mismo que los platos les cincharan sin parar, de los mentones. Demoníaco vigor. ¡Estaban vivos los colores!

-¡Majestades por favor están quemándose!

Sus labios supuraban. El absorto mayordomo no sabía si llamar a los ministros, a los guardias o tratar de desprenderlos de la mesa con sus manos. El calor les derretía los contornos. El vapor difuminaba la nobleza de sus rasgos. Finalmente, la más tímida de todas las criadas, reaccionó:

-¡Con su permiso majestades!

Los demás, ahora sí, la secundaron. Al comienzo, cautelosos. Enseguida, como fuera necesario. Con los codos. Con las uñas. Con los codos y las uñas, sin amagues. Con los dientes. Se prendían de sus bellos, ostentosos uniformes y tiraban, sin pedir -improductivas- más disculpas. Pero no. La monarquía, sino sólida, no sirve. Reventaron los botones, deshicieron las costuras, no dejaron distintivo por rajarse, pero los reyes y, lo mismo que sus altos dignatarios, el sultán, acabarían con los platos a pesar de las horribles quemaduras.

21.2

Bellas artes

Açái prepara platos parecidos con su pluma

-Vamos, abran las ventanas, por favor. Con este vaho, los aromas se despintan entre sí. ¡Que la naranja sude sal! No huele bien la cacerola de las uvas. Demasiado pino dulce. Ya: coloquen coliflor en un pequeño sobrecito, con el lúpulo. Salpíquenle, también, algo de rábanos azules. Lo

pondrán, como tratándose de té, por diez segundos. ¡No lo vayan a dejar!

En ocasiones, los detalles más pequeños te propulsan con distancia de misil. Algunas veces, le terminan de dar luz al mismo sol. Cuando se tocan, en un punto, la belleza con la pluma, brota todo lo que ves. Cuando se rozan las pupilas Açái con Nefertara, nace Dios.

-Es hora. Sáquenlo. Muy bien... Otra nariz. Ahora pongan los espárragos. El cuajo de tomate, ¿cómo viene?

-¡Fabuloso!

-Bien. Mezclemos el licor amilagrado con aceite de cebolla.

Los sonidos eran música. ¡Platillos! ¡Percusión! La matemática del ritmo. Campanadas anti sordos. Pirotecnia de metal. Grandilocuentes vitaminas. Kamasutra. ¿Cocineros? Alquimistas. Nigromántico plantel. Dulzor agreste del orégano. Conjuro, no receta. Las burbujas detonaban. La costilla no pasaba de los veinte. Los aromas florecían. El hervor amalgamaba los sabores y, la carne derretida, con polígama genética, cruzaba las especies. ¿Has llorado de delicia? Faltaría, nada más, que los manjares comenzaran a prohibirse, bajo pena de sanción, así sumamos, a los otros, el placer inexplicable de pecar. Los elementos del Big Bang se combinaban, variadísimos, en una renovada creación. Era difícil acercarse sin quedar

hipnotizado. Magia negra. Los pulmones inflamaban los sentidos. El color espirituaba por el aire. ¡Disparaba los instintos! Se sentía con la piel. Entre perfectas melodías aromáticas, tronaban condimentos. ¡Aportaban la belleza del relámpago! ¿Por qué gastar fortunas a granel en la conquista del espacio? ¿Para qué quemar las naves en el cielo? ¿Para qué llegar a Marte? Por lo mismo que llegamos al amor: por las especias. Aunque cobren cicatrices. Aunque, luego, los pequeños nos censuren. “¡Los caníbales marinos!”. El tectónico sabor, en sus orígenes. La médula de Dios, en su genética. La cumbre de la sal, en sus almíbares

-¡Alteza!

-Pasen todos a formar.

Los cocineros silenciaron, en un tris, el universo. La tensión anesthesiaba los sentidos y, lo mismo que las drogas, a la vez, los inflamaba. La tensión es componente de los platos. Un detalle singular. Un ingrediente sospechoso. ¡La tensión es componente de las artes! Nunca sabes en qué parte deberás poner tus ojos a resguardo. La tensión es la primera resonancia del amor. Corazonada, si las hay.

La formación acontecía con orgullo militar. Eran un cuerpo de placer y sensaciones superior a los harenes orientales.

-Si mi padre no le deja de colgar obligaciones, le tendremos que decir "el comandante".

-Las acepto de rigor. De todos modos, ningún título podría ser más noble que mi nombre.

Las medallas, en un pecho sin virtud, se ven grotescas. Hacen bolsa. Sobra talle por doquier, como sucede con el traje de los pobres.

-Huele bien.

La voz sonó como sin sal; abandonada; casi sonsa, como quien hubiera dado, ya mil veces, un paseo por el mundo. La realeza, mucho más que propiedades, tiene puertas.

-Qué feliz comedimiento. Los placeres no se deben consumir con el apuro de la bestia. De común, si van despacio llegan mucho más profundo.

Qué sencillo vincular la reflexión con la conducta de los reyes en la mesa:

-Ni tampoco consintamos en comer el plato frío. Comandante, continúe por favor.

Les fue preciso, casi magos, con febril habilidad, rebobinar unos minutos la cocción.

-Ahora rallen una cáscara de nuez. Después la tuestan, sin quemarla.

Como saben los artistas y los hartos de ganar, los sinsabores amplifican el sabor. Quizás por eso los espíritus se tomen, cada tanto, vacaciones en la Tierra. Lo que dejan

de ganar es, justamente, lo que ganan. No te prives de colar, en el fragor, un ingrediente -sólo uno- cuya lógica, reñida con el todo, desentone. Benemérito del arte. Nada menos ideal que deshacerse de contrastes.

-Armen platos.

Los habían diseñado, sustitutos de los lisos (espantosos de tocar), según mis propias directivas. El sabor es más aroma, según todos sus tentáculos, que gusto. Quizás tanto, según ciertos paladares de salón, como textura. Sin apenas existir, la pegadiza, cantatriz rugosidad se te prendía, deliciosa, de las yemas. Hay un arte que nos falta todavía: la que tenga que sentirse con el tacto.

La comida parecía no de príncipes: de dioses. El sonido declaraba su notable consistencia. ¡Daban ganas de gemir! Hay cierta clase de cosquillas que, de tan satisfactorias, son pecado. Lo crocante combinaba su mordida con un bálsamo cremoso cuya noble suavidad, condimentada con el mundo, derretía las mejillas.

-Bien. Ahora, sazonémoslos con polen.

Algo digno de sorpresa. Que no falte. Los talentos, si reales, son científicos; si locos, inventores y, por fin, si son insólitos, artistas. Los dos últimos, se mezclan. Ordenando, con el dedo del desorden, entre todos los comunes, un sabor desconocido. Feromonas. Juventud. La seducción es una pizca que se debe traficar de contrabando.

-¿Dijo polen?

-Vamos ¡vamos! ¡Al jardín! ¡Un voluntario!

Me sentí, con la cosquilla de los súbditos, objeto de mis normas: su perfume me quitaba precisión. Aún rondaba por ahí, como difícil alfiler atravesando los aromas.

21.3

Viceversos

Todos tienen, a pesar de sus miserias, envidiosos

-El sultán le tiene ganas. Avisado.

-¿Cómo dice majestad?!

-Entre sus precios ofertados, hay un monto por usted. Y nada magro, le confieso. Petrodólares. Vendrían increíblemente bien para las deudas de la boda.

-Nuevos ricos...

-No los juzgue tan a mal. Seré sincero: sólo quieren su talento culinario.

-Con el próximo licuado, me sabría desquitar.

-Que no le sangren los oídos, por tan poco. Tengo más: escuche bien, porque seguro que le gusta...

-Como viene, no lo creo.

-Le darían un harén inspirador, con pase libre.

-Desconfío, majestad. En el harén se mezcla todo.

-Muchas gracias, paladín. De corazón. Sé que te quedas, con tu célebre virtud y con la fama de tu nombre, por la boda de los príncipes.

-No sólo por la boda, pero sí. Con otro chef, quizás algunos invitados, al momento de morir, no recordaran esa noche.

Suelen ser imprevisibles, es verdad, pero leales. Es por eso que, si logras importarles, son acérrimos amigos. Los artistas, en momentos importantes, no le fallan al mecenas. Están locos de lealtad. Son otro género, también inaccesible, de nobleza. Con salud y con escote. Patriciado, no de sangre lapislázuli: ¡neón! ¡fosforecente! ¡de colores! Nunca roja, como tantas. Escarlata, como pocas. Los rubíes, envidiosos, se le ponen al costado para ver si, con su brillo, cobran algo más de luna. Los sabores tienen algo de palabra. La palabra del vibrátil Açái, se saborea. Tiene músculos y curvas. Vibradora bendición. Inagotable manantial a cuyo bálsamo las artes rendirían su blasón. Desigualdad: hay escritores por destino. Dios, a veces, determina con un gen, pero,

flagrante, si se trata de fenómenos, con todos. Vargas Llosa sin amigos y Cervantes en la cruz, deificado. Traducibles. Al alcance de la crítica. Con muchos estudiosos - no fanáticos. El clero catedrático, que nunca posaría ni siquiera con condón, hace del arte su piedad, como si todo lo supiera de la Venus. ¿No comprendes? Eso es. Ambigüedad antirrazones. El pecado que define. Las estrellas, por encima de los hombres. Una copla, superior a las estrellas. El orgasmo que nos mate. La cintura sin corsé. La santidad en entredicho. Los cubiertos aguardando. La madera victoriana, sin mantel. No sólo lomo: corazón. El punto ge del paladar. ¿Postergarás el paraíso? Cada quien con su reloj. Cada poeta con sus versos. ¡O con ellos o conmigo! Conducirse por antojos. Atraparnos del cabello. Disfrutar, por sobre todas las certezas, de la duda. No querer saber el sexo. Sacudirse la piedad. Devoración. Hacer las paces, con las uñas. No me vas a conocer, sin machucones, a través del celular. A ver quién eres, sin escudo. Los testículos están para doblarte: no respondo de mis pies. Una patada, cada tanto, resucita. Pedregullo, mata caries. Cada tanto, los dolores dan valor. Desidiotizan, al igual que los abrazos. En los nervios, está Dios. Quizás a miles de millones de kilómetros, las almas fantasean con un mundo material donde poder hacerse trizas. Afearse. Tener tiempo que les pise los talones. Lastimarse las rodillas. Fracasar. A donde digan los doctores: es maligno. Quizás crean en el cuerpo con la fe de los cristianos, en el alma. Quizás recen,

caripálidas, a Dios, con esperanzas de ganar el paraíso. Quizás tengan un humano de la guarda. Quizás hayan, a partir de nuestros versos, acopiado sus sagradas escrituras. Quizás digan, al autor, evangelista - no poeta. Quizás muchas, al leernos, se nos caigan de rodillas. Quizás tengan nuestra cruz en las alturas. Quizás rueguen, con fervor, por un edén donde se pueda codiciar a la mujer -hecha de curvas y partículas- del prójimo. Casarse. Tener hijos. Blasfemar. Emborracharse. Ser ateo. Ver huir a los amigos. Ser feliz. Pedir perdón. Quizás seamos, para todos los espíritus, sus héroes. Malvivir. Secar las lágrimas, a roce de pulgar, de la mirada más hermosa de la clase. Quizás no lo recordemos: Dios nos dijo, con su voz encantadora, “concedido”.

21.4

Penitencia

-Comandante, por favor, ¿no nos podría poner algo de color en el mantel? Se ve terriblemente pálido.

-Sin rémoras, alteza. Mandaré, si me permite, que las sirvan enseguida.

Diligente media vuelta. Más que prisa por las órdenes, huida. Tan así que, las siguientes oraciones, impactaron en el dorso.

-No no no. No me comprende, comandante. Necesito mejorar mi japonés, qué lamentable. No deseo que nos sirvan los criados. Ha venido, de prehistórico linaje, la condesa Nakamura, con variadas infidencias que contar. Entre las dos, acumulamos tantos títulos que César se tendría que postrar ante nosotras. Imagínese. Nos tiene que servir un comandante, por lo menos. Cada puño con sus cosas. Y dos primas que se precien no se quedan en el té: después del postre piden brandy; le prevengo.

Prevención autocumplida. Si no fuera por el hielo, consejero paternal, ya las primicias y los príncipes hubieran terminado la botella.

-Son estúpidos. Se casan con plebeyas.

-Lo peor es que, si fuera por amor, se los podría perdonar. Pero, ¿por marketing?

-Confunden el jarabe con la miel. Al menos tú, futura reina, te salvaste.

-Dios mediante, Nakamura. Pero cuesta digerir la salvación.

-Pidió tu mano...

-Bueno, sí. Pero, los hombres, más allá de la pureza de su sangre, son un bicho temeroso.

-Nos quejamos de repletas, como todos. Mientras él vagabundeaba, la mujer domesticó los animales de corral. Obtuvo lana, cuero, cárnicos y huevos y, después, hizo lo mismo con el hombre. Narikita, no te dejes confundir: tenemos siglos de ventaja.

-Nos hubiéramos debido conformar con los que daba la gallina. Qué delicia maldición... ¿Es sólo brandy?

-No te fíes de su grave transparencia, que jamás ha de servir una receta sin gualicho. Comandante, no nos ponga tanto hielo, que podríamos llegar a confundirlo con alguno ¡por favor! de nuestros padres. Haga gala de sus años, que son jóvenes. ¡Intente, Santo Dios, emborracharnos! Y, si gusta, no se prive de tomar usted también. Sería muy aconsejable, que, quizás, el enemigo, siempre bárbaro, nos haya, con alquimia medieval, envenenado las botellas. Sus espías habrán dado, digo yo, con semejante punto débil. Una vez descolocadas, ¿usted qué nos recomienda?

-Que no griten ni se muevan demasiado. Lo mejor es concentrarse, nada más, en disfrutar de las cosquillas. De picar, ¿desean algo?

-Pérez anda, Gil camina...

-¿Jiles Pérez?

-Algo más... afrodisíaco.

La voz de la condesa dominó la jerarquía, con el hálito del brandy:

-Ve quien viene... Tu flamante prometido.

Componía la pisada con compás aristocrático. Los tacos se jactaban de las botas. Señoril estilocracia. Rancios glóbulos de cáliz.

-¡Vamos mozo! ¡No la tengo que pedir! ¡Una cerveza!

Ya más cerca, se dio cuenta de quién era que llevaba la bandeja.

-¿Comandante? Santo cielo... ¡No me digan que lo tienen de mesera! Maldición, qué cavernícola linaje. ¿La corona no permite que la sangre les circule por allí? ¡Con un talento semejante! ¿Qué no ven que su virtud es un milagro? Qué vergüenza... Sólo falta que lo manden a poner un delantal...

-Así podíamos, al menos, desnudarnos con mi prima, si queríamos. Ahora, nos tendremos que quedar con el calor y con la ropa.

Lo decía con los dedos en el vaso, revolviendo campanitas.

-Por favor, disculpa tanta suficiencia comandante. ¡Ven conmigo! Conversemos en la barra, sin mujeres. ¿Qué te sirvo?

21.5

Confesora

-¿No me pasa la receta?

La sonrisa se podía comprender de muchas formas - no de sí. Como sucede con el cosmos, la salvaje, deliciosa creación enmudecía con su dios. Así la voz de los que valen: no declara sino sólo con sus obras. Si lo puedes explicar, es otra cosa. No milagro. Desconfía de los músicos locuaces.

-Las recetas, en las artes, son mentira. De contrario, los artistas no seríamos escasos.

-Está bien. Entonces trate de decírmelo. No quiero cocinar sino, tan sólo, comprender.

La pretensión de los "tan sólo" es ridícula. Peor, cuando la juntas al vocablo "comprender".

-Si lo disfruta, me comprende. Sin embargo, los placeres siempre pueden disfrutarse bajo nuevas sensaciones, más profundas.

-Está bien. ¿Y cómo logro semejante bendición?

-Tonificando los sentidos. Lo mejor sería dar esta lección en el mercado; pero, bien, con la despensa nos podemos arreglar.

-En el mercado, comandante. Vamos ya, que la razón pide moléculas.

-Alteza, no lo creo conveniente. Los mercados pueden ser

-Es muy extraño que no sepa distinguir los comentarios de las órdenes.

-Entonces, mandaré que nos designen un equipo.

-Yo lo puedo proteger. Sin guardaespaldas. Soy peor que los matones.

-Es preciso tener hambre. ¿Ya comió?

-Sí. Ya comí. Pero, ¿por qué?

-Porque despierta los sentidos. Con un sorbo solamente, los sedientos gozan más, en ocasiones, que los hartos de comer, en un banquete. Según noto, Dios acerca los placeres. Demos gracias.

-Está bien. Haremos tiempo conversando.

Caminamos entre líneas, por las páginas. Allí. Desanduvimos las historias a los prólogos. Allá. Con la distancia como norma, por momentos, una risa se metía por las células. Jamás. Como las monjas, con un velo, sus facciones protegían el incógnito. Belén. Como si todo se tratara de parábolas... Humor. Así se dicen las verdades más incómodas. Jesús. Si cada día nace Dios, es contratiempo de los príncipes. ¿Maldad? En este mundo, los carentes de prontuario, mueren vírgenes.

-¿Así que lo visitan por las noches?

La sorpresa desarmó cualquier intento de negarlo.

-Si no fuera que jamás he conseguido, de su voz, una palabra, me podría preguntar si las paredes del palacio tienen tímpanos, alteza.

-Por supuesto que los tienen. Pero, dígame, quizás ha conseguido, de su voz, otro sonido... Los pasajes más bonitos de la música, por regla general, no se solapan con la letra.

-Lamentablemente no. Parece muda.

-¡Pobre chica, comandante! Sin embargo, nunca deja de volver...

-¡Estoy poniéndome nervioso! ¿Cómo sabe?

-Con el príncipe, se cuentan muchas cosas. Yo, después, obtengo todo. Soy mujer. ¿Ella le gusta?

-Me fascina. Nunca nadie me gustó de tal manera. Sólo temo que, quizás, en el futuro, nunca más una mujer me guste tanto.

-¿De verdad?

-Completamente. Pero, bien... ¿usted qué piensa?

-Que la chica -¿se lo tengo que decir!?- está también enamorada con locura.

-No lo sé. Porque sintiera la mitad, regalaría mi talento. No consigo comprender por qué jamás ha dicho nada.

-Puede ser por tantas cosas...

-Además, irrumpe siempre maquillada. Labios tensos; ojos dulces, exquisitos. El olor de los cosméticos es algo que, de niño, me desarma las neuronas... ¿Usted qué me recomienda?

-¡Comandante! Pues, ¡que no la deje ir! ¿Es tan difícil? Hay milagros -los más bellos, de común- que ni siquiera Dios consigue repetir. Pero dejémonos de prólogo; ¿me cuenta los detalles?

-¡Los detalles!

-Los que no le contaría, ni quizás en cumplimiento de sus órdenes, al príncipe.

La duda se sentía por la lengua, deliciosa.

-Bien. Pregunte lo que quiera.

-Maldición. Así que busca repartir la desvergüenza. Como guste; no me voy a retractar. Pero con una condición: que, más allá de la pregunta ¡la que sea! me responda nada más que la verdad y solamente la verdad.

-Ya que se fue, detrás del balde, la cadena, por respeto de la máxima vayámonos nosotros.

-¿Ya probaron por atrás?

Un movimiento de la cara, sutilísimo, sirvió como respuesta. Los pastitos florecían para vernos. Las galaxias se pegaban al Señor para podernos escuchar.

-Las otras veces, menos vírgenes, me tienen sin cuidado. Pero, cuénteme, (sin filtros por favor. Es mi derecho de pernada) la primera, ¿cómo fue?

-Pues... medio rara. Yo salía de ducharme, distraído. Lo primero que sentí, fueron sus manos.

-No diré que la mujer, como mosquito sin valor, anda con vueltas...

-Ni tampoco lo contrario. De verdad, ha sido muy inteligente.

-¡Santo Dios! Usted estaba...

-Ni desnudo ni vestido. Con la ropa por ahí.

-No suena mal. Tuvieron sexo.

-No lo sé...

-¿Que no lo sabe?

-No lo sé. Las tuyas son -nada comunes- las maneras más astutas que jamás he conocido. Cierta clase de talento, si lo miras con cuidado, por lo menos lo consigues describir. Por el contrario, cuando son descomunales, es

difícil explicarlos. Ni siquiera tienen método: son obra del milagro.

Las palabras, maliciosas, comenzaron a sentirse por la piel.

-¿La corresponde?

Conversábamos con fácil armonía, por terrenos que, quizás, en cualquier otra situación, resultarían imposibles.

-Juraría que me ama de verdad y que me odia sin querer. Algunas veces, sin dejar de darme besos, me golpea.

-¿Lo disfruta?

-Sin dobleces. El café, como las chicas, es la prueba de que “dulce” no compite con “amargo”. Las mejores pesadillas nunca son angelicales. El dolor es componente del org

-Sí sí sí. También lo sé.

La suavidad de la marea resultaba cautivante. Se sentían, en los pasos, las huellitas de gaviota. Los cangrejos y los peces se cubrían de nosotros, por las dudas.

-Es verdad lo que decía. Nada más con el aroma de la sal, estoy tragando cataratas de saliva.

-Bien. Vayamos al mercado.

Los cangrejos nos trataban de seguir, todoterrenos, y, los peces, se quedaban con las ganas de saber un poco más.

-¿Usted le habla? ¿Qué le dice?

Brisa. Párpados. Latidos. De los límites se nutre la tensión.

-Se cuenta todo, no todito.

21.6

Sus deseos, a pesar de lo que diga con sus órdenes

El beso de la suerte tiene rasgos en común con el de Judas. Nos leímos el destino, con las yemas cariñosas, en la palma de las manos

Imagínense, lectores, un mercado tan copioso ¡tan cargado de detalles y color! que ni siquiera lo lograran concebir. Era lo mismo que mirar quinientas fotos solapadas o, no menos coloridas, escuchar las cien mejores sinfonías, pero todas a la vez. Nos desplazábamos a tientas, a lo largo

del escándalo. Los gritos, entre sí, se potenciaban. El tumulto parecía repicar, con tamboril algarabía.

-¡Comandante! ¡Si la pierde, lo destierro del palacio!

-¡Sí! ¡La tierra del palacio serviría!

Las semillas, excitadas por el ruido, parecían pororó. La cacerola bien podría confundirse con la lámpara del genio. Las podíamos oler, con deliciosa diferencia. Muchas veces, lo mejor de cocinar es el aroma por la casa. Discurrían con la misma fluidez acosquillada de las perlas. Permitir que los deseos se nos cumplan en la cara. Las dejábamos correr entre los dedos, derramándose del tacto. Proteger los aposentos y rendir los corredores. Dos en uno: los millones de posibles recovecos, y las manos. Que nos cuelguen los aromas del bigote. Las texturas parecían un idioma diferente, cada una. Permitir que nos conduzcan del olfato. Combinadas, parecían la políglota Babel. Que, por los siglos de los siglos, nos den ganas de llegar. En una piel, diversas lenguas. La cocina, de común, es el ombligo del hogar.

-¿¡Usted tomó!?

-¡Los destilados no son menos deliciosos, según sé!

¿Nos intentábamos, al filo de los hechos, invitar una bebida? Los estímulos llegaban de doquier, pero su plétora pomposa no lograba distraernos de nosotros. Nos moscábamos la nuez. Hervor. Espuma. Rozamiento.

Panegíricas a coro. Los erizos caminaban por la piel. Las pulsaciones al galope. Las espuelas en la panza. Las hormonas. Nos hubiéramos reído, como todos los espíritus felices, de los golpes. El termómetro colmado. Las palabras en su cuenta regresiva. Si no fuera porque todos los estímulos partían de las obras del Señor, se los tendría por pecado. Voces. Gente. Color a granel. De las bolsas, flotaban aromas intensos. Perfume sin par de la tierra. Manjares y razas. Especies. Hindú carmesí. Terracotas leyendas. Tesoros. Laureles. ¡Pimientas! Pepitas de todo. Vergel infinito. Papilas en flor, ¡desplegadas! Pulmones a todo color. Azafranes. Que sangre la miel. ¡Que lastimen las artes! Las bocas pedían sabor. Griterío. Locura. Naranjas y rojos. Ají. Picardiente. Limón de jengibre. Divino hedor del comino. Cilantro. "¿¡Me sigues!?" Paprika. Merkén. Ultramar. "¡No te pierdas!" Edén. Aydetías. Emporio. Petacas. Olor embriagante. Salud tripolar. Multitud. Impudicias. Escotes. Anís. Vendedores. Gentío. Desorden. Achís. Feromonas. Corinto botín. Chocolate picante. Barroco sin fin. Profusión oriental. "¡Ven aquí!" Las balanzas, confusas. El día, bronceado. Las manos, tomadas. Allí donde fuera la calle, topaba c

¡¡La mano!!

Fue lo mismo que quemarnos. Por alguna conexión inexplicable, lo notamos a la vez. Quedaste tieso, desarmándome la vista con tus ojos que, por más que seas ciego, nadie mira como tú. Lloré de rabia muchas veces -

pero nunca de tristeza. ¿Visto malo? Reino, piel o corazón: no conocerte, maldición, hubiera sido, más allá de lo que tenga que romper, como morir sin ver el mar. Extraña mezcla de dolor y plenitud. ¿Amor in pectore? Los médicos se toman la cabeza: ¿cuánto tiempo se podría sostener, sin infartar? Vivir por causas naturales. Hacer todo lo posible para ser excomulgados. No dejar un mandamiento por romper. Vivisección. Con el contacto de los dedos te bastó: no precisaste ni siquiera confirmarlo con mi rostro, que podrías modelar, tan fácilmente, con tus manos.

Caricias en braille. Se suele decir que las reinas no temen a nada. Muy bien; las princesas, ¿le pueden temer al amor? El reloj no pasaba. Pastar o comer. Suicidarse de sed o matarnos de vino. Seguíamos ambos, allí, sin saber para dónde correr. El abrazo rogaba. ¿Pensaste perder allí mismo tus pasos y nunca volver? Inmolarte conmigo sería, más bien, regresar de la mano. Los planes de Dios son romper con los planes del hombre. Los planes del hombre, ¿romper con los planes de Dios? El presente. Tus piernas allí, sin marcharse. Las mías aquí, sin poderse largar. Tus palabras allí, desmayadas. En este preciso segundo tendría que ser el final de los tiempos. Las mías aquí, de papel. Qué sencillo sería ser, bien, o cobarde sin más, o valiente sin menos. París, en palabras borbonas, solía valer una misa. Muy bien, en las mías, un reino no valga, quizás, el amor. Qué macabro final: poderoso cordero. ¡Qué débil corona! Con qué claridad se nos muestra ¡Jesús! el camino correcto. Los mapas

grabados en oro. La brújula muerta de risa. Qué fácil hablar del valor. Qué sencillo decir, de los hijos, "que sean felices". ¿Ayuno? ¿De veras? Qué rara palabra, tratándose, versos y miel, de tu mesa. ¿Qué clase de vida podría suplir un segundo contigo? Mis manos aquí, sin sostén. Tu mentón afilado, por fin confundido. Milagro, ¿por qué con nosotros? La rara verdad de los hechos matándonos, sí - pero vivos.

22

Ciento veinte días antes

Es vivir o reventar. Nos lo dijimos muchas veces, pero sólo con la fofa, repetida ligereza del proverbio. Quizás una vez o dos, o quizás todas, con afán preparatorio - pero nada que pudiera suponerse prolegómeno de nada. Sin embargo, con la noche de disfraz y con la luna de vestido, presintiéndonos imágenes de Dios y semejanzas de Ramsés, aquella vez no lo dijimos nada más: lo pronunciamos. Cuando corren quince siglos que cuidar de sangre noble por tus venas, la consigna de vivir, condicionada por completo, no contempla ni quintetos, ni cuartetos, ni desórdenes en público, ni tríos, ni parejas esporádicas ni públicos monólogos - peores, según putas y presbíteros, que todo lo demás. Y mucho menos siendo chicas. Componiéndose

delante del espejo con los últimos retoques, Narikita procuraba persuadirse: “ya tendremos celulitis en los rollos, rollos en la celulitis y las tetas tan caídas que, fatídicas, tendremos que dejárselas al viejo ratón Pérez. Disfrutemos de la fácil juventud mientras podamos”. Esa noche nos habíamos propuesto, por lo menos y por fin, leer en braille los apuntes anatómicos de Dios. Aparte, lejos estarían de nosotros los espíritus del día, que no bailan. Se trataba de la fiesta de disfraces del exento, cervecero fin de cursos. Nos armamos a conciencia, peligrosas a la par, con los disfraces escotados y las máscaras robustas. Una vez en el salón, nos dimos cuenta de que muchos, casi todos en verdad, habían sido quisquillosos con el hecho de no ser reconocidos. Parecíamos vestir un sugerente camuflaje de batalla. La vorágine de luces apagadas (verdes, negras y neón, ninguna blanca) maniobraba para darnos cobertura. Los vacíos en la pista convidaban a los menos vergonzosos a bailar, y repelían a los faltos de bebida. Con la sangre sin apenas graduación, los pasos pesan y los ritmos nunca son los adecuados. Ya con algo combustible que bombear, es otra cosa. Lentamente, con la propia lentitud de los jardines al brotar, entre los tímidos disfraces que llegaban y los otros, que se fueron animando, los espacios comenzaron a rociarse. Los enanos de jardín, minigigantes de común, y los matones, de común megachiquitos. Los varones por doquier, agazapados⁶ y, las chicas, unas fáciles del sí, las otras súbditas

⁶ Poco globo para muchos asistentes.

del no - para, de golpe, sorprender con un incierto volantazo de conducta. Sospechosa, la frugal filosofía cualquierista⁷ del que cuida su salud comiendo bagre. Las exentas de cualquier tributación y, por allí, la sin pecado concebida, tan discreta que por poco no respira. Los grupitos, todavía separados, evitaban enredarse - pero ya se constelaban. El poder gravitatorio nos hacía dar un paso de talón hasta tocarnos un segundo las espaldas (y la cola) con el prójimo del grupo colindante. De las nalgas nos sentimos más confiados que del rostro, maldición. ¿Es una muestra de valor o de flaqueza? Como sea, quizás viéndonos las caras arruinábamos el tacto: como siempre que se trata de personas o jamón, había feos. Una cara no dejaba distinguir si se trataba de la máscara (disculpas) o del rostro. Cicatrices, no facciones. Otro vi que se quitaba con veloces manotazos una máscara tras otra sin jamás llegar al rostro. Con la propia nigromancia del magneto, la sutil interacción acompañaba la confianza de los dorsos, cada vez un poco más inteligibles. Nos rozábamos, sensatos y prudentes, un poquito. Cada tanto, nos movíamos la base con un golpe de taquito.

Por el número de puntos de contacto, ya los cuerpos eran tres. Orgía tímida, platónica, sutil, hecha tan sólo de menguante discreción y pensamientos compartidos. ¿Un

⁷ Cualquierismo: selección que desafía las ideas darwinianas y prefiere lo peor a lo mejor, con tal de no pagar el precio.

poquito? Cien poquitos. Ya por fin algunos bailes comenzaban a surtir efervescencia; ya por fin algunos cuerpos a perder las armaduras y ganar atrevimiento. Nalga, glúteo, pelvis, cóccix y cabeza. Seducción. Los movimientos antiquísimos del fuego. Sobre mí, la sombra calma del disfraz. Bajo mis pies, ebullición: el ritmo férvido tronaba por el piso. Juventud. Detrás de mí, lo que pasara: Dios, tentáculos o piel. Ante mi máscara, la suya. Casi dentro de mi tímpano, su voz:

-Previste boca, pero no te besaré. Tomemos algo por lo menos, ya que puedes.

Era cierto. Muchas máscaras velaban por completo las facciones. No la mía, ventilada por un tajo que dejaba sospechar dos tentadoras comisuras. Caminamos a la barra, con el roce por doquier de manos, curvas y mejores autopartes todavía. Ya llegados, ordenó sin preguntarme qué quería. ¿Machirulo? Machichoto. Le saqué la billetera de las manos y pagué con su tarjeta. Por allí pasaban pechos recortados al sostén y pantalones con dos sendos agujeros que dejaban a la vista firmes nalgas. Cada corte se trataba de lucir con un envase sugerente, cuando no desenvasado. Nos hallábamos libradas a la libre competencia de mercado. Mi disfraz no se quedaba tan atrás, seré sincera. Sin embargo sus radares no dejaban de virar, así que yo, con una yema sepulcral, toqué su pene. Nada más posé la yema, sin presión ni movimiento. La dejé, con impasible detención. Entonces sí, las otras fueron de madera - yo de carne. La pared me

protegía las espaldas. Sus espaldas protegían mi desliz ultra pácifico, que no se deslizaba del lugar. En ese punto coincidían, bipolares, Satanás y Jesucristo. Ningún órgano nos hace, tentador y genital, más semejantes al supremo creador: allí creamos. Y creamos, en el colmo de la crisis narrativa, nada menos que pecando. Tanto más: y qué pecado, nada menos. A las chicas, ¿qué modelo nos han puesto de virtud? El de María, madre virgen. ¿Oyes bien? Así las cosas: "sin pecado concebida". Serás virgen, pero madre. Parirás, y no tan sólo con dolor: también con himen. Ni precoz ni solterona. Serás madre, pero virgen. Es allí donde comienzan a quedarse sin colores los cristianos -las mujeres y los hombres, las que no consiguen ser y los que luego no consiguen- aunque no podemos no maravillarnos con el sitio de María, cuyo nombre tiene templos por doquier y devoción a trochemoche; que, por más que no lo digan, es también una deidad. Resulta tierno, por lo pronto. Tanto más cuanto que rezan a la virgen pero luego te prometen las estrellas si los tocas donde yo: por poco ya, seguramente, me pedía matrimonio. Los vacíos cada vez estaban más intransitables. Por fortuna, no teníamos la mínima premura por movernos. Las personas, atolladas, nos movían al pasar, y no noté que casi nadie se cuidara de tocarnos con sus senos, entrepierna, manos, dedos o costillas, las sencillamente chatas. No diré que me turbó. Nos acercábamos, por propia voluntad o por la fuerza de la masa. De repente colapsaron los cimientos y mi dedo colapsó. Nos apretamos. Tacto,

músculos y piel entre los gratos recovecos del disfraz. La multitud apelmazaba nos quitaba movimiento. Quizás fuera conveniente: sin movernos, no podíamos seguir al interior ni separarnos, direcciones que ninguna de las dos me resultaban convincentes por entonces. El contacto de salón, superficial a rajatabla, también puede ser intenso. No los límites: el miedo suele ser lo que nos priva del amor y del placer. Con lo primero ya tenemos lo segundo, pero no con lo segundo lo primero. De manual. Estudiadísima teoría de conjuntos. La presión de las personas embutidas finalmente nos dejó sin la menor movilidad. Quedamos todos atrapados en un íntimo chaleco no de fuerza: de cemento. Parecíamos unidos en un sólo salchichón. Orgía pírrica, por poco vegetal. Humanidad, por fin unida sin ambages: comisarios, astronautas y filósofos. Los brazos incapaces y las manos por allí, como de mancos. Condes Drácula, fantasmas y robots. En lo mejor de la parálisis en masa, creí ver a Narikita consiguiéndose trepar sobre la gente. Se paró pisando cráneos y capuchas y, flagrante, cuando todos la miraban, desprendió completamente sus botones y dejó que se le vieran, nada tímidos, los pechos. Sin ningún lugar a dudas provocaron apetencia por doquier, envidias varias, sueños húmedos y celos colorados⁸. Si se trata de mejillas, el rubor es amperímetro. ¿Vivir o reventar? Relajo sí, pero con orden. Sus exóticos ovarios segregaban, a lo menos, cocaína.

⁸ Los varones, más que novia, lo que quieren es nodriza. Son lo mismo que bebés. ¿No tienen tete?

Yo sabía, de las rápidas petacas y las largas damajuanas compartidas, de qué modo se solía comportar cuando tomaba. Suelta sí, pero jamás descontrolada. Le grité, pero la música cegaba por completo los piropos y las voces a no ser que se volcaran a milímetros del tímpano. Temí que, como suelen prevenirnos tantas veces a los jóvenes, hubieran puesto droga sin hacérselo saber en su bebida. Con melliza majestad, la friolera de su busto redentor nos parecía dispensar: por la mañana, nuestras faltas quedarían olvidadas en la suya – como suele suceder con las del pueblo cuando faltan al deber los gobernantes.

23

-No seré de las que lamen la manzana, sin morderla.

-Narikita, no lo dices en verdad...

-Jamás hablé con semejante convicción. Y me verás hablar bastante más segura todavía cuando tome la palabra con micrófono, vestido, condimentos y diadema.

No quería denunciar a su ligera de pezones impostora, ni tampoco -lo peor- hacer saber, a los testigos, del embuste. Prefería ser tomada como tal. Omnipotente más o menos, si se puede serlo más. Actuó después en

consecuencia, sin temor - o con temor imperceptible para mí. Como si fuéramos dos naipes sostenidos entre sí, que no se puede mover uno sin el otro, no tardé, con semejante, singular inspiración, en contagiarme. Sus palabras resonaron, con la calma del poder, en la castiza ceremonia de solemne graduación:

-Ustedes piensan que me vieron. En verdad he sido yo la que los vi, como los árboles oteros ven al pasto, sin apenas atención. El escenario no se debe, singular y clariluz, a las butacas, algo menos singulares y conformes en la sombra. Si se trata de vivir hay dos opciones nada más, y son extremas: esconder, como si fueran dos ovarios, los testículos y ser de los que miran al actor, o ser más bien, desempolvando los ovarios, el actor sin protagónicos que rompe su guión en mil pedazos y trasciende su papel. El escenario no permite ser normal, porque normal y normalito son sinónimos. Si vas a ser actor, hay una forma solamente de no ser un actorcito: sorprender al guionista. No por público se vayan a sentir destinatarios. Gente, pueblo, masa, público, son términos sin ese pero no por singulares sino, bien, por incontables. ¿O prefieren que les mienta con el rostro del político, que va por toda clase de suburbios destacando la belleza de lugares espantosos? El político tendría que decir, como quisiera ser honesto, "no pondremos una pizca del erario (mucho menos del poder) en este sitio. No se queden esperando por promesas. La promesa, mucho más que la mentira, suele ser, según los

años, lo contrario de los hechos. De los sitios sin salida no se sale sino yéndose." Lo digo con horror: lo que los hace sin salida suele ser que no nos vamos. Yo no puedo ni pararme ni subir los escalones por ustedes. He cumplido con decírselo. Quisiera que también, ya que lo dije, con hacérselo saber.

Cuando te callas y no surgen los aplausos es difícil darse cuenta si la gente no te pudo comprender o si quedó petrificada por lo claro, llegadero del mensaje. Muchas veces, el silencio puede ser reprobación - algunas otras, lo contrario. Caminó como si, súbditas de pronto, desfilaran a sus pies las pasarelas, enganchándose miradas a su paso. Sin apenas expresión, nos observó por un momento terminal, sin asco, pena ni dolor, como los árboles al pasto.

24

-Cavernícola de mí si no te pido que te sirvas, por favor, tomar asiento.

Me lo dijo francamente muy cortés, mientras sacaba su mejor virilidad por la bragueta. Conversábamos amables, él sentado, yo de pie. Nos seducíamos discretos, es verdad. En unos fines de semana, tras los plazos de rigor y los cumplidos de merced, a lo mejor terminaríamos allí.

Terminaríamos allí, probablemente. Pero tuvo que saltarse la bellísima tensión del recorrido. Los varones son ahóricos: pretenden todo ya - como las chicas, que queremos que nos cuenten toda suerte de detalles sin la mínima demora. De repente, me miró como si fuera, sin antítesis, un plato de comida. No diré que no valoro su cabal resolución, pero diré que semejante rimbombancia me sacó de personaje. Nada más quedé mirándolo, sin pena ni candor. Seguramente, me veía reflexiva. "También esto debe ser idealizable", presumí, desde mi lado más artístico. La pluma lo ve todo por demás poetizable. Por lo pronto, los varones idealizan la selvática, difícil humedad de la vagina, tropicando por allí, sin ni siquiera ser poetas. Como chiste, deberé reconocer, no fue malísimo: después de la risita que no pude contener (aunque fugaz, irrecusable) ni mis ojos ni mi gesto se podían enojar. Hubiera sido por demás artificioso, casi tanto como tantas de las cosas que nos dicen los varones a las chicas mientras duran sus preciadas erecciones. Es peor lo que nos dicen en ausencia de pujanza, sin embargo. Las mujeres muchas veces padecemos de lo mismo, nada más que no se ve. Seamos francas. Además, sin erección es imposible proceder; con frigidez, mal que nos pese, se procede. No sin pulcra suciedad, el vano sexo: nada más tetrivaluado. ¿Que depende del amor? Los que se quieren con amor son los que menos lo valoran, me parece. Si la chica que te gusta se casó con otro chico, lo que menos debería perturbarte son los celos, porque sexo ya no tienen. Por lo menos, con la dulce

perversión de las primeras ocasiones. ¿O será la madurez? Ya ni los tragos ni los pétalos parecen conseguir aquellos mágicos mareos que sentíamos de jóvenes. ¿Perdimos el valor? En realidad, lo que perdimos es peor: las sensaciones. La vorágine del éxito nos priva de sentir: hoy ni siquiera nos amamos con temor. Tenemos ásperos los dedos y los nervios de cartón. Quizás después de la fugaz adolescencia sobrevenga la vejez y, lo que siga, sea todo senectud. Hay un momento donde, ya sin sobresaltos, el amor es un deber y las hormonas, antiquísimas rebeldes, se retiran en favor de las arrugas, responsables. O tal vez estoy errada, quizás todo lo que digo deba ser a mero título privado, personal. O ni siquiera personal, probablemente. Quizás amo con mayor intensidad ahora mismo que jamás. Idealizamos cuanto cosa se nos ponga por detrás, en el pasado. Más aún, idealizamos cuanto cosa - pero menos el presente. ¡Qué felices que seríamos cambiando, con enroque sanador, nuestros engaños de lugar! Idealizando, con enferma posesión y por encima de los dioses, al presente, qué felices que seríamos. Seríamos, aparte de felices... tanto da. Rebeldes, místicos o mártires: felices. Deprimidos, luminarias, peces gordos o campeones... tanto da. Sacar el pene. Vaya magro seductor. Qué diferente Miyazaki: cuando, súbitos, quedamos en silencio, se besó, con esa mágica rareza de sus párpados, el índice. Después me lo llevó, como sobrado de segundos, a los labios. "Yo también", me dijo calmo, con su voz intravenosa, sin que yo, ni con palabras ni con sílabas,

hubiera dicho nada. ¿También qué? Qué tontería preguntárselo. Las cosas más hermosas de sentir, al definir las, las disecas. Definir es disecar, y más aún si se definen emociones - emociones placenteras, más aún. Aún de novios es fantástico cruzarse con personas en presencia de las cuales (en recuerdo de las cuales, es decir) sentimos algo. No te dejes arruinar por los psicólogos: es algo que no debe definirse ni tratarle de buscar significado. También él. Con semejantes ocurrencias de ganzúa, no podías responderle con un mero cinturón de castidad. A muchos otros, no tan lúcidos, alcanza con cerrarles otra vez la cremallera sin metérselas de nuevo. Largamente, lo miré. Su corazón bombeaba mares y la sóla, telepática presencia de mis ojos parecía levantarlo más aún. Y más aún. Y, más aún, se la miraba, con calor y viscosos ojos, a sí mismo. Por la forma de mirárselos, diría que les gustan, a los chicos, mucho más de lo que (pardos, menos ídolos que vísceras) nos gustan a nosotras - suponiendo que nos gusten, está claro. Sin embargo, todos ellos, aunque no lo reconozcan, tienen esa permanente fijación ¿homosexual? Homosexual, palabra sísmica, de múltiples escándalos - por eso tan a mano del artista, desde tiempos antiquísimos. Quizás, también a mano, la peneana realidad, ni menos alta ni más baja que la praxis anatómica del brazo, como péndulo sin culpa ni maldad, les cuelga justo.

La grisácea decepción del himeneo no sucede sin razón. Desde pequeñas somos víctimas del marketing.

Tan sólo con un poco de tus tímpanos, hubieras escuchado las inquietas mariposas de mi panza. No sabía qué decir, así que ya que no sabía qué decir solté las ínfulas atómicas:

-Estúpido, ¿qué miras?

-Mi buen gusto, por lo menos al momento de vestir, jamás había resultado problemático. Lo siento.

Las inquietas mariposas, en un tris, se me quedaron atascadas en la glotis y no supe qué demonios responderle. Se notó. Después grité como sus dedos me tocaron. Me sentí, por unas notas, la guitarra más eléctrica de todas y después, en un instante, me calmé con el vacío del orgasmo - que no creo muy dispar de la vejez. Con las hormonas agotadas, el aliento cobra vaho nuevamente. ¿Ya notaste con qué rápida película se pudren boca, labios, paladar y dentadura? Nos tendrían que decir, en las escuelas, que los besos son un dulce que caduca sorprendentemente pronto, de manera que pudiéramos besar a trochemoche mientras sean deliciosos todavía. Tanto más cuanto que, ciertamente mágicos, están en las antípodas del sexo, que, del dócil "abre fácil" al orgasmo, se consume con la lógica sin más con la que suele consumirse, de común, cualquier producto - no los besos, incontables, que ninguno se precisa resignar a ser el último.

Después de la teoría, la verdad: el mal aliento. Para colmo, no nos gustan ni los viejos, que comienzan

terminando, ni los jóvenes, que no terminan más de terminar. Così fan tutte. Ve qué rápido, lectura con escrúpulos, olvidas lo que lees. Sin escrúpulos, con algo más de versos en la piel, recordarías. Está bien, de todos modos, ocultar. Bajar los ojos, pero no retroceder. Comunicar sin exhibir. Subir los ojos y saber cómo mostrar y qué decir; cómo decir y qué mostrar. Qué no mostrar, qué no decir. Saber, en fin, que, de la forma que los magos indiscretos aniquilan el efecto de los trucos, exhibir naturaliza.

-Siempre llevo, por las dudas, mi mejor consolador en la cartera.

Cariflácida, lo dijo de manera superada, natural, y ya no tuve sueños húmedos con ella.

Lo más lindo del orgasmo, ¡lo prohibido del tabú!, se lo debemos a los curas. Agradézcoles. La forma más veloz de convertir al escritor en un best seller es prohibiéndolo. Los niños se deciden por obrar cuando les dicen "eso no". La forma fácil de perder el apetito suele ser legitimándolo: los jóvenes se casan para sólo descubrir que los casados raramente tienen sexo.

-¿Marihuana?

-No señor. Legalizada por políticos y fácil de tener, ya no me gusta.

Lo común con lo común se neutraliza. Por supuesto, no te tengo que decir que no lo soy, pero si llegas

a sentir que tienes síntomas aléjate de todo pretendiente que no venga con un poco de sabor - porque normal y normalito son sinónimos.

O soy, como sospecho, no común, o soy común asintomática, quizás. Jamás común de las que marchan con las tetas de vanguardia, precedidas, y tan sólo saben algo del amor por lo que silban los obreros desde sórdidos andamios, columpiándose colgados de sus colas. Si te quieres calentar te sirven ambas, porque tanto con basura como, bien, con buena leña, prendes fuego. Los piropos hacia mi provienen menos de la cal que del laurel. Con unas curvas apretadas es sencillo conseguir masturbaciones - poesía, ya resulta más difícil. Mil pajeros no compensan un Petrarca.

-Más que bella, la belleza, mal que Bécquer, eres tú.

Para cosquilla de mis tímpanos, así me lo dijeron. Por lo menos una vez, y fue fantástico. También al terminar, al menos fue con un bellísimo piropo:

-No la tienes. En verdad, es la belleza quien te tiene, de las células, a ti.

Qué diferente del insulto. Por lo menos, yo no pude responderle con ninguno de los tantos que tenía. ¿Mentirosa? Mentiroso tu psicólogo, lectora. Pero qué mirada fea, maldición, para dos ojos tan bonitos. No serás de las mujeres que no saben cuándo tienen que pegar una sonara bofetada. ¿Por qué tantas preferimos estar mal

acompañadas y no solas? Hay vergüenzas que se deben mantener, responderás. Vestir lo mínimo. Salir de bailembái a que nos pinchen las estrellas arropadas con un corcho nada más y que revienten las pupilas contra ti. Sentir los ojos en la piel como si fueran manotazos. Malversarnos y, después, llorar a cántaros, rugiéndonos amenes. ¿Y tu máxima rival? Sus ojos hacen fotosíntesis de verdes y se notan mucho más tus dieciocho que sus treinta. Tu belleza de los pelos, a su lado, sólo puede conformarse con ser única, no linda. Pero nunca nos dejemos convencer por el estúpido discurso de tenor igualitario, bonachón. Hay ciertas cosas, maldición, que nadie tiene por qué mierda superar. Debailembaile, con valor, hacemos guerra de guerrilla. Bebedizos, buen perfume, ropa fiel. También en esto los asiáticos aciertan. Más sensuales que las prendas apretadas son las sueltas vestiduras que se pegan a la piel intermitentes, por sectores, dependiendo de la brisa, del azar o del andar. Saber hacer. Frotar la lámpara del genio. Cachetear al corazón y que los brazos, para todo lo que quieres abrazar, te queden cortos.

En verdad, cuánto más limpios son los baños de los hombres. Esos mismos que, parados en el Louvre ante pinceles mitológicos, te miran el escote de reajo si te pones a su lado. Nos quedamos, en verdad, enamoradas para siempre de los chicos (a lo sumo dos o tres) que nos gustaron a los quince. Los magnates, las estrellas y los reyes todavía se preguntan, cada poco, por las jóvenes que tanto les gustaron (a lo sumo dos o tres) en el colegio. Desamenes. Mal

perfume, buen olor. Qué no daría por sentir de nuevo todo, las heridas y los besos, con la piel de cuando jóvenes, bailábamos arriba de las mesas y venían los varones a rendirnos la nariz sin otro norte que -lo mismo que los bárbaros- el sur. El atractivo sin salida del coral y los anzuelos encarnados, y también los que te quieren seducir con esos rostros que parecen retorcidos a tenaza. Por favor, ¿bellezas qué! ¿Bellezas nuevas? A los feos, maldición, hasta la luz les da distinto, como gris. Y, por el lado de las chicas, si las menos agraciadas son las más inteligentes es tan sólo porque, bien, las otras no lo necesitan. "Sólo vuélame los sesos a la luna, realidad". "Gustar de ti", como los niños. Desnudarnos y quedar como tortugas, pero sin caparazón - y que nos hagan, clavadistas sin escrúpulos, sentir una piscina. Lo diré: por no decir un agujero. Se revientan las burbujas y la trampa del orgasmo se revela con un golpe de vacío. No varita, pero mágica. De golpe, nada más una varita. Te di todo, realidad. Hasta mi dedo, para ver si le ponías un anillo. ¿Que los hombres no se casan? Así nunca nos conocen de verdad: a la mujer se la conoce de verdad en el divorcio. Las fugaces feromonas y, después, el desembrujo. Descolgarse los pendientes y colgarse de la percha. Desmayarse, no dormir. Soñar algún inenarrable pantallazo, no poder hacer las paces con la sed y despertarse tremebunda, con los muebles en los pies y las ojeras en cenizas. Tan caliente la cerveza como fríos los cafés. Los ojos flácidos. El sol oscureciendo, sin fotones. El cadáver del

amor sin reclamar, en otro sitio. Las fugaces feromonas, dije bien, y que fugaz no se confunda con efímero. Fugaz es el orgasmo, sin por eso ser insulso ni banal: allí descansa, sostenido por Amón, arrebuñado por las ninfas y fraguado por Adonis el secreto de la vida. La belleza del relámpago supera, ciertas veces, a la fiel monotonía de la luna. Pero no la minimiza. Lo peor y lo mejor no repercuten entre sí. Del deprimido, Santo Dios, hasta los huesos están flácidos, así que, si queremos caminar sin fracturarnos, será bueno que sepamos disgregar las emociones y que no se contaminen entre sí. Lo natural con Miyazaki: beso viene beso va. De tantos besos que nos dimos bien podríamos habernos contagiado tanta cosa que tuvimos que quedarnos unos días encerrados sin salir, en cuarentena.

Si vienes bonita te rinden la puerta. Tirano termómetro. Cálido frío. No quiero pensar que te faltan paladas de mundo. 90-60-90. Mejor que perfecta. Tacones que rajan la tierra. Gacela carnívora. Piel en la sal. Precipicio de flor. (Por allá los coyotes se comen un himen de plástico). Todos con todo - parece más bien un slogan político. Coto de caza. Licencias de corso ¡la firma del rey! empeñada, lo mismo que feas pirañas, en naufragas feas. ¿Quién puede caer en la fosa común de sus negros penachos? Así conformados, conduelen y ríen. ¿Hacerse las tetas? Hacerse la panza. Taninos violeta: con eso me pinto los labios, cansada por fin de los trucos sin magia. Buscar, entre tantos, un novio pro tempore. Frío calor. Engordar el CV.

Destaparnos los vicios ocultos. Dejarnos tocar por la magia de Dios y la pizca del diablo. Los dos, confundirse con miles: diversos latidos repican a coro. Que todos lo vean. Sentirnos felices por un santiamén y, después, revolver tercamente por años aceite con agua. Mirar la pared con el broche colgando del pelo. Los dos de caracter paspado. Volvemos amantes sin sexo, los dos y, los dos, perfumarnos con frío.

Depredando nos conocen y, después, nos desconocen depredando. Pintorescos como son, los picaflores, al final, no vuelan alto. Somos cortas travesías, no más largas que sus penes. Cuando menos en principio. Ya después, en la medida que transcurre calendario, cada vez es más probable que se queden con nosotras pero no por otra cosa: por vejez. No nos libramos del reloj, del almanaque mucho menos: los espíritus no cambian; envejecen. Eso sí, nuestra nación de pelo blanco nos verá con buenos ojos - y con pésima nariz: a más edad, peor aliento. Ya nos vamos a cruzar, yo con pezones que parece que pesaran toneladas; tú, lector, con, no bastando con la piel, hasta los dientes arrugados - suponiendo que nos cuelguen todavía, no lo tengo que decir. ¿Qué pensaremos, acullá, de nuestras jóvenes andanzas? Ojalá que no tengamos mucho tiempo de pensar, en lo posible. ¿Contaremos sin pudor nuestras anécdotas? ¿Las veces que, por obra de la noche, preferimos desoír a nuestros negros paladares? ¿Aquél chico que pidió, cenando juntos en la cruel primera cita, choripán y Coca Cola? ¿Le podremos enseñar a nuestros nietos que resulta

preferible, maldición, enamorarse del imbécil que jamás enamorarse del notable? ¿Que mejor, a todas luces, el amor con el primero que la falta del amor con el segundo? Me parece que los chicos, en algunas ocasiones, lo pensaron de manera similar para conmigo.

-Yo te quiero de manera paternal, como si fueras una hija.

-Putá madre. ¿Que me quieres, pero justo de manera paternal?

Los dos teníamos, entonces, diecinueve. Por supuesto, no faltaron de las otras, con disímiles edades que mejor no mensurar:

-Tal vez salgamos cuando crezca.

Simplemente sonrió, con los colmillos emboscados.

-Bien. ¿El próximo domingo?

Cómo cambian, nada más unas palabras, el futuro. Somos frías como bloques de metal.

-Pues el metal calienta rápido.

-Qué lástima, marqués, que no seamos compatibles.

Miyazaki me miró sin expresión, pero tampoco sin pupilas. Eso sí, no preguntó, ni con la voz ni con los párpados, un mísero por qué - quizás mordiendo los labios. Ojalá. Yo, sin embargo, no podía, ni por hache ni por

be, considerar a -no sin ganas- un varón aristocrático que no quisiera ser emperador, aunque debiera cortejar a Narikita. Paradójica manera de pensar, a qué negarlo.

-Por supuesto que no somos compatibles. Tú te trenzas con cualquiera.

Comprendí que, contra todos mis esfuerzos, en la fiesta de difraces, él había descubierto que la chica de sus besos era yo. Quizás, en medio del calor, había sido delatada por un mínimo detalle de mis gestos. O, tal vez, dejado huellas digitales por allí. Tranquilamente, mi fantástica coartada lo dejó sin objeciones:

-Vi tu nombre con perfecta claridad en la tarjeta que tomé, para pagar nuestras bebidas, de tu propia billetera.

Microsísmico touché. Su rostro todo respondió con un sutil estreñimiento. Cariflor, ahí fui yo la que miré desde la gélida, polar, helada cumbre, con un sol intermitente de señuelo.

-Como sigas observándome con tal intensidad te tiraré con un anillo.

-¿Que no sabes, querubín, que de común los matrimonios tienen mucho menos sexo?

Yo sabía de su novia, por supuesto, pero no de su mujer. A la primera la tenía conocida de la noche: se trataba de las chicas que parecen un sex shop, rodeada siempre de putísimas amigas maquilladas con moicana perversión y por

igual despampanantes. Empedrados de cosméticos, sus ojos no lograban parpadear: a duras penas titilaban. Facilísimas difíciles. Sirenas de cloaca. Muy distintas de nosotras, que primero nos solemos empolvar con el divino maquillaje de la risa sin dobleces. Cierta clase de caricias son de carne de rallar: así las suyas. Eran cortes de segunda, presentados con un marketing diabólico. Bombones o jamón, en cierta clase de vestidos se comprende la grandiosa relevancia del envase. Spray, retazos y metal al cuero vivo. Pulpa magra. Piel bellísima, rayana con el mal - no sin remiendos. Entre todas, eso sí, ya no podías remendar un sólo himen.

A las chicas de su clase las conoces por la boca, de carnosos labios gruesos o de labios delicados. A las unas te las compras, a las otras te les vendes. Miyazaki caminó con residual desenvoltura.

-Falta poco.

Los soldados respondieron al unísono, poniéndose de pie. Siguió diciendo:

-Nada más aterrizar los helicópteros tendremos que ser rápidos: subir sin tropezar, cruzar los dedos y llevarnos un montón de buena suerte.

Más enormes que los hechos, me tenían arrobada sus ojazos del montón y sus pelotas de concurso. Sus heridas no dejaban de sangrar. Al lado suyo, los cadáveres, en sí, no parecían tan horribles - ni bonitos los demás, aún

perfectamente sanos. El océano rugía con furor. Mejor así: las aeronaves no serían escuchadas. El terror estaba calmo por entonces, pero vivo. Cada tanto nos partía las facciones y llorábamos de nuevo. De repente, los oímos otra vez. Sus voces eran, en los tímpanos, pero que los disparos en la piel - si no te daban, por lo menos. Miyazaki tal vez no lo compartía, pero no le pregunté. Nuestra salud pendía menos de nosotros que, maltrecha, de la suya. Las reales y también las clandestinas, nuestras vidas, ¡nuestros péndulos! pendían de sus buenas decisiones. La raída situación de mi pretérito noviazgo contrastaba con aquella sacudida sin seguro ni preámbulos, a pelo.

De golpe sentimos, peor que la clara sanción del disparo, la paz espectral del silencio. Vejez, pensamientos y sombras; así se cocina la gélida popa del miedo. La luz inconclusa. La sexy soberbia del bien en el medio del mal. Miyazaki mirándome, lleno de rara belleza. Mis ojos servidos. Su blanco fusil, ya sin culpa ni balas. Veloz, su bondad implacable, santísima, dándolo todo: cubrió, con un rápido giro del torso, la vida de quién sabe quién. ¿Vio venir el disparo? Yo no, pero sí que lo ví, carnicero, salir de su cuerpo. Cayó para, luego, ponerse de pie con un último resto de quién sabe qué. Los soldados seguían cumpliendo sus órdenes. Quise correr a llevarle mis brazos, y sólo logré sucumbir a los suyos. Lloré. Mi valiente temor conseguía sentir su ternura carnal a pesar del atroz panorama. Su sangre corrió por mi piel. Por la suya, mis lágrimas. Sal y

calor. Los rehenes estábamos pálidos. Caros de paz, los captores. Por suerte, mi sangre real parecía no ser detectada por ellos. En casos así, subyacer en anónimas líneas distantes del trono reviste ventajas. Jamás sucesorias, al menos permiten tener libertad: de común, los fotógrafos cuidan sus suelas y no las desgastan corriendo por ti. La boreal plataforma marítima sólo tenía petróleo, capaz de volver mucho más explosivas las balas. ¿Quién diablos nos hizo creer que lugares así se podían, también, suponer atracciones turísticas? Dios. Por exótica, poco común y genial terminé de rehén de no sé que facción guerrillera. Por poco común, por exótica ¡Dios! y genial, comencé de flechada por un malicioso cupido, certero que pudo pinchar la sinuosa pasión sin rozar la cuestión del anillo. Por fin, unos días después un abrazo trenzado nos vio despertar:

-¿Dormiste bien?

-No tan profundo como tú, pero colmado de ternura con los gases que te tiras, de bebé.

De bebé la carita de cada rehén. Parecíamos, flacos de toda virtud, esos chicos que quedan atónitos, blancos a mas no poder, con apenas pasarles al lado. No casta de castos: son castos de casta, más bien. De repente creímos oír helicópteros. Música. Fue como, ya desahuciados, oír un vivaz sonajero. Las cosas aún eran feas a más no poder, sin embargo. Los tiros rozaban la fuga.

-¡La concha de Dios! ¡Entreguémosla!

Dijo, con grito traidor, una chica mirándome. Mierda. No saben con quién se revuelca su propio marido, ¿verdad?, pero buscan las fotos del último miembro de cada familia real.

-¡No disparen! ¡Les damos a...

Sshhikk. En el momento terminal en que su pánico feroz me delataba, Miyazaki la calló con un tajante cuchillazo samurái: cortó su lengua, pero, frío como Dios y por las dudas, al nivel de la garganta. Su pescuezo salpicó lo que quedaba por manchar. No la podríamos tildar de resentida, pero sí. La sangre sabe, según pude comprobar, a hierro dulce. Su metálico sabor contrasta mucho, desigual, con las orgánicas ideas que tenemos de nosotros. Y, tal vez, nuestros espíritus contrasten todavía mucho más con nuestros actos, tan orgánicos.

-Así que terminamos con su pene de bigote.

-No lo dices en verdad...

le respondí. Te creo, sí, lo del bigote, pero no lo de las dos: se necesita tanto pene como pierna.

Me miró con soslayada perversión desde sus ojos a mis párpados:

-Aún había sitio para tres...

Mi perversión, igual de mal disimulada que la suya de seguro, disparó, sin advertencias, una ráfaga de raudos

pantallazos a mi mente con imágenes muy bien imaginadas. Es así: primero tira, sin piedad. Y, sin piedad, después pregunta.

¿Por qué no? No sin nerviosas vibraciones, eso fue lo que pensé cuando, de pronto, Miyazaki, pasos antes de la puerta principal, tomó mi mano. Por entonces, solamente nos habíamos besado (con un poco de mayor profundidad) un par de veces. Nada menos y, por cierto, nada más. Al otro lado de la puerta del salón estaban todos: los amigos y los no, los mal amigos y los casi, los caídos en desgracia, los graciosos y las gracias a sus tetas⁹. Se trataba de la fiesta con mayor repercusión del calendario nacional.

-¿Estás temblando? No sabía, samurái de los océanos, que fueras tan nervioso.

Le daremos el mentado beneficio de la duda: definamos el exiguo temblorcillo que sentí como normales vibraciones. Antes no, pero tan sólo comentárselo, su mano comenzó, sin atenuantes cortesías, a temblar. Reí por dentro con crueldad, imaginando que más cruel hubiera sido comentárselo desnudos, en la cama. Cuando veas acercarse, seductor, al temerario casanova de boliche, por a prueba sus pelotas preguntándole, sin más antelación, "¿estás temblando?"

⁹ ¿Cómo tanto para unas y tan poco para otras?

-Por supuesto que lo soy (me respondió). Pero ya ves que no te suelto.

Ciertamente, la tajante, pertinaz indiscreción de las miradas no logró desanudarnos. Yo tampoco lo solté.

Virginidad. ¿Has descubierto su valor? Idealizar. Poder hacerlo todavía. Ya después, con la rotunda decepción del himeneo, nos volvemos descreídas. Las agujas desatadas, del reloj. El más por fin de los porfines. ¿Tanta tinta, tantos pésimos y tantos, maldición, tantos homéricos poetas empeñados en tan poco? Fue después de la primera comunión, más aterrada que caliente. Si los chicos entendieran las enormes desventajas que reviste, no tendrían esa muy equivocada fijación por desvirgar. Las experiencias memorables nunca son con el primero. Sus testículos apenas me llegaron a tocar, por lo que sé. Mis piernas sólo se querían apretar, mientras aquello se venía. Nada más tocar allí, se me cerraron las caderas: no podía ni pasar un alfiler, pero pasó, con rompedora suavidad, lo que tenía que pasar. No me di cuenta ni siquiera de fingir: estaba tesa, como carne de cajón. Se congregaban, apiñados sobre mí, desconcertantes nubarrones y los ángeles trataban de volar, despavoridos. Ginecólogo frustrado, parecía que sus dedos no lograban encontrarse con sus yemas y los ángeles trataban de volar, pero con pesas amarradas. Fue después de la primera comunión: algunos años, en verdad. No lo recuerdo con placer ni con tristeza. Lo recuerdo, nada más. Después la ducha parecía chaparrón. Me gustaría, más aún,

no recordarlo demasiado. Sin embargo, procesamos los recuerdos olvidándolos o, bien, idealizándolos. Así, si no sucede lo primero, nos tenemos que quedar con que suceda lo segundo. No nos gusta la verdad, por más altares que tengamos levantados en su nombre. Como fuéramos honestos, hablaríamos con muy acalorada convicción del ideal de la mentira.

-¿Te gustó?

Maldita sea. Qué pregunta de terror.

-Ha sido feo para mí, sinceramente.

Sus facciones pestañearon, espectrales. Enseguida me reí, como si toda la verdad hubiera sido nada más una bromita. No desvivas al amor en ser el único primero. Los primeros se recuerdan, es verdad, pero no son inolvidables. Lo mejor es integrar el mucho más interesante pelotón de los enésimos. Allí se ven los pingos y los cero cero siete, que no salen a la calle sin espíritu. Se saben perfumar y, si les pasas por al lado, hueles pólvora.

-Con alguien como yo también serían infeliz en poco tiempo. No lo culpes.

Esa noche comería con la mano. Los caníbales suspiros. Los trescientos reconcomios defendiendo las Termópilas. La grata sutileza de sus yemas. Las vocales dilatadas y las ondas expansivas. El resquicio de la piel. El soliloquio de sus labios por mi cuerpo. Sus cuidados y

desórdenes. Las idas y venidas de mi cuerpo. La volátil actuación. El sexo tiene, según sé, la dosis justa de mentira. Privación y libertad, en su mejor combinación. Se puede todo, no todito. Sus profundas intenciones. La magnífica penumbra, con la luz en entredicho. “No lo culpes”. Me lo dijo mientras él se demoraba, no consciente de mis ojos, en el baño. Los conoces por la clase. Visten bien, pero si llegas a toparte con alguno, ten cuidado con su traje: les encuentras enseguida la pistola. Quizás siempre con cualquiera terminemos aburriéndonos. ¿O no? Quizás tal vez. Tal vez quizás. La margarita, cuando ya no tiene pétalos, enferma de costumbre. Son así: si no varían, los períodos magníficos aburren - a no ser que seas dama de costumbre, por supuesto.

-¡Cielos! Tápate por Dios, o perderé, por culpa tuya, mi feliz virginidad.

No lo miré sin escanearlo. Me gustó, porque me gustan los espíritus robustos, que se viera tan contento. De común, el hombre triste se ve débil porque Dios está deseando que las fieras se lo coman sin demora - según toda darwiniana deducción.

-Estás bromeando. ¿Virgen tú? ¿Con ese super embarazo?

Le gustó que respondiera con humor y no con frases inconclusas, al humor. Y me gustó que respondiera con humor y no con torpes retiradas a mi prueba de valor: infló

su panza cuanto pudo. Tuve miedo de morir atravesada por un súbito botón de su camisa, que saltara. Me cubrí, como si todo se tratara de cubrirse.

-Muchas gracias por taparte, ¡celebrémoslo!

Me dijo mientras, rápido de néctares y práctica, servía para mí de su botella. Con su peso de ventaja, le fue fácil diluir mejor que yo la graduación. ¿O cuántos brindis lograrías sostener con un acróbata de sumo? No caí sin dignidad, pero caí. Sus brazos gruesos como piernas me salvaron de caer y del amor no te levantas con igual facilidad con la que caes. Ni tampoco del más mínimo placer -placer al fin- que tan seguido confundimos con amor. ¿Serán sinónimos? A veces. Miyazaki, la Cibele y Platón. Y no me place, según largas evidencias, aceptar imitaciones. Lo miré. ¿Tomar asiento? Ya su pene no lograba mantenerse por sí mismo. Precisaba de tutor, como las plantas. Parecía desinflarse, de costado. Los machotes son así. Desempeñito. Procuró, con empuñado disimulo, sostenerlo con su mano. ¿La del mono?

-No. No pienses que no doy con las palabras: no las busco, ni siquiera. Nada más han transcurrido diez segundos de silencio, maldición, y ya no logras aguantar el arbolito? Bien; me voy, así te puedes concentrar.

Tomé mis cosas y me fui, de buen humor y sin portazo. Qué crueldad haberle dicho semejante comentario, pero, dioses, yo tampoco soy perfecta. Más aún, ni quiero

serlo: lo que vi cuando salí sencillamente me detuvo. Regresé sobre mis pasos y me puse, trancadísima de curvas, en la puerta.

-¿Ya te vas?

Le pregunté.

-Debí marcharme sin abrir ni la bragueta ni la boca. Ni la mente, comenzando por allí. Si me pasé de papanatas, te presento mis disculpas.

-Las acepto. Pero, quédate, sigamos conversando. ¿No dirás que mis luceros son dos ojos o mis pétalos pezones?

-No. Permíteme, me tengo que marchar.

-¿Así tan rápido? ¡Quedémonos aquí!

-Mañana debo trabajar.

-Trabajarás, no te preocupes. Pero, cuéntame, ¿qué tal tus vacaciones?

Avanzó sobre la puerta con incólumes zancadas.

-Oye, déjame, ¡que tengo que marcharme!

-Bueno. Ya. ¿Te gustaría recibir una mamada?

-Cielos, no, no tengo tiempo...

Mi caricia fue por poco bofetada. Me le puse de rodillas y rocé, con mi nariz irresistible, su bragueta.

-Por favor...

No pregunté (para poder interpretar según mis términos) si por favor que sí (pasé dulcísimos mis labios) o si por favor que no. Su mente no se debatía sin enorme desventaja. Lo correcto no coincide cabalmente con el bien. El corazón a veces corta todo buen entendimiento con el pene. La razón no tiene nada que decir: a duras penas apuntala las rodillas. ¿Confundimos el placer con la maldad? En todo caso, por las dudas, de común lo confundimos, además, con la traición. ¿Estamos bien? ¿Es esto cierto maldición? Las sensaciones son reales, nada más. Pero, ¿podrían provenir de cómo fuimos educados, meramente? Cómo no. Los profesores son así: precisan límites. Por fin, al otro lado del absorto pantalón, sentí rondar un movimiento. La pitón, ahora sí, cobraba forma cardinal desenrollándose del nido. Cuando yo le retiraba suavemente la nariz, él acercaba sus caderas. Lo tenía. Ya después habría sólo que jugar: el tiempo nadie lo podía detener. Aún así le puse magia, porque nunca fueron sólidos los besos sostenidos solamente de la piel. ¿Necesitaba del amor? Necesitaba su confianza, sobre todo. Simulé, porque sería más creíble, que, más bien, a todas luces era yo la que quería de su parte garantías diplomáticas:

-Prométeme que nunca lo dirás...

Le susurré, desde sus frágiles testículos¹⁰. Trató de desprenderse, con los dedos atrevidos, el botón y, con los míos, lo detuve, desviándolos. Mi lengua no saldría de mi boca ni, tampoco, de su recio pantalón saldría nada. La ternura de mis labios acolchaba su dureza; su dureza, no más dura que mis dientes. Le clavé los incisivos con mediana suavidad y, sin sacarla de mi boca, lo toqué -porque tampoco soy de palo- con la lengua. Por sus álgidos latidos, parecía no tener el corazón en otro lado. Su tirante pantalón ya no sabía para dónde reventar. Ahí, sin broche ni remate, me paré. Quedó mirándome con cara de pochoclo contenido.

-No verás tu dulce semen en mis labios.

-En tus labios, ese término calienta...

-Pues tendrás que conformarte con el término.

-Repítelo con algo más de pausa, por lo menos.

Me lo dijo saboreándolo, baboso¹¹. Como casi parecía no tener otro cerebro que su glande, le di claras instrucciones:

¹⁰ Así como los ves, el punto débil de los hombres. Que coloquen el orgullo donde menos sobrellevan el dolor es, como poco, sintomático.

¹¹ Los babosos son aquellos que nos hablan de manera cariñosa, pero sólo porque, sórdidos, hablarnos de manera cariñosa los excita.

-Bien. Ahora saldré yo, pero completamente sola. Rezarás al menos diez avemarías por habértela sacado. Sin apuro, con sincera contrición y sin tocártela. Recién cuando termines, sales tú.

Dejé mis ojos en los suyos un instante, mientras daba media vuelta. Las paredes reflejaban un diabólico calor. Abrí la puerta con tranquila discreción y, tras dejar el aposento, la cerré. Cuando, pasadas unas copas, me creía, según todos los horóscopos, a salvo, me cruzó:

-Te vi salir y vi también que tras de ti salió mi novio. Por si no te diste cuenta, te lo digo: no le gustan los malditos transexuales como tú, ni los travestis, ni tus tetas malhabidas, ni tu voz insoportable, de machote.

Por respeto, no le quise contestar que los travestis aunque sea no tenemos celulitis.

-La verdad, a mi tampoco me gustaron ni sus modos ni su semen. Por lo menos, estas tetas consiguieron demorarlo mientras tú te terminabas de besar con el deejay. Lo veo todo. Vi su casi reventado pantalón y vi tus manos in fraganti rojo vivo.

Respondí, mientras sacaba de su piel una babita. Descontrajo levemente sus facciones y sus ojos parecieron, por detrás de la coraza de rigor, agradecerme.

-No lo tienes que decir: ahora soy -así los hechos- la mejor de tus amigos. Y, por cierto, ya quisiera. Pero no se la chupé.

Me despedí sin rispideces, orgullosa de mi noble proceder y satisfecha por demás con mis acciones. ¿O me debo confesar? A ver, imbéciles: el único pecado que se debe confesar, aunque las monjas lo fomenten, es la culpa. Satanás no nos aleja del Señor con tentaciones, sino, mucho más dañoso, provocándonos, después, remordimiento. Si no fuera paradójico, yo misma me quisiera confesar, arrepentida de los pies a la cabeza, por haberme confesado. La revuelta perfección de las estrellas auguraba con preciosa, pertinaz incertidumbre. ¿Por haberle retirado, ^{con}_{sin} escrúpulos, los dedos del botón? Arrepentida de los pies a los tobillos. Miyazaki, sin mayor ambigüedad, apareció, de la manera que también, adoradísimo, se cruza de continuo por mi mente. Nos miramos, y me vio. Lo vi fantástico, mirándome. Sus ojos, penetrándome de lejos, se dejaban penetrar. Los penetré, desarraigada de los hechos y los dichos, del quizás y del por qué. Nos vimos ínfimos, mezclándonos enormes. ¿Por haberlo no mirado por un breve santiamén al pestañear? Arrepentida de las tetas a los huevos. Como dos locomotoras de peluche con carbón ni maquinista, presas ambos de la misma bendición, nos acercamos. Con peligro ni cuidado, liberamos el amor a su destino. Destinados, no tuvimos que pararnos a pensar. Ni que pararnos. ¿Esperabas una pélvica, movida narración del

desenfreno? Los amantes de verdad se sienten plácidos aún cuando no sufren erección. La prueba franca del amor es un examen que se tiene que rendir a pene flácido. ¿Pensabas deleitarte con alguna rimbombante descripción de nuestros cuerpos a la par? Mejor deléitate con esta reflexión (estás aquí porque te gustan los milagros y las máximas): jamás la más hermosa. Tu pareja debe ser con la que más hermoso pasas.

Que, por cierto, no son dones excluyentes.

25

-Si tuvieras una máquina del tiempo, ¿volverías a tomarme de la mano?

Sonreí, según la típica cordura de mis labios. Se notó, probablemente, que tocar nuestras memorias en común me gustaría. ¿Qué mejor que dos espíritus sin par exagerando las anécdotas?

-Jamás. Pero seguro que lo mismo, sin el mínimo matiz, me pasaría con cualquiera.

No quería que pudiera comprenderme, por supuesto. Sin embargo, sus pupilas pervivieron impasibles y

sus párpados no fueron de sorpresa. Debería disparar con otro tipo de calibre:

-¿Nos hubiéramos casado?

Pregunté, con un bellissimo pudor en la garganta. Recordé cuando, después de recibir aquél disparo, sus volcánicos latidos parecían desangrar las esperanzas. Allí mismo valoré, como si fueran un bellissimo milagro del Señor y de manera todavía más consciente, su presencia, sus detalles y sus mil estupideces. La rareza de mi voz debió notarse. Por lo pronto, la rareza de la suya se notó. Fue divertida a total incongruencia del agónico sonido con el corte tan viril de su sentencia:

-Dando vuelta los partidos. Es allí donde se lucen los campeones.

-Bien. Me tendo que marchar pero no puedo levantarme.

Contesté, sin darme tiempo de pensar una respuesta. Por lo pronto celebré, con interior satisfacción, la magistral ambigüedad: ¿estaba yéndome de buenas a primeras o llevándomelo, lejos de cualquier ambigüedad, de primerísimas a buenas? Las palabras son así: precisan acto. No sin truco Dios produce los milagros y la magia no sucede sin un toque de varita. Comprender las enseñanzas de su sádico rigor, sin aprender en absoluto. Recaer, como románticos anónimos, en ese, nuestro vicio del amor. A

blandas penas. Malvivir es una bella sedición si no queremos malmorir. A duros goces. Disipar la languidez poniendo bravas, aromáticas hormonas a freír y resetear los corazones. Afirmarse de las alas. Comprender la creación. Chocar con todos lo planetas y caer como las águilas, de buenas a mejores.

El coeficiente intelectual de las personas, que venía en aumento desde que se llevan registros, ha comenzado a disminuir desde hace unos veinte años. Según los expertos, una de las principales causas de este fenómeno es el empobrecimiento del lenguaje. De manera relacionada, hay estudios que demuestran que gran parte de la violencia intra familiar y pública proviene de la incapacidad de expresar emociones y elaborar pensamientos complejos.

PALABRART te invita a continuar leyendo textos desafiantes, sean de esta o de cualquier otra editorial.